

AA. VV.

Laguner♥s Noveler♥s

AA. VV.
Laguner♥s Noveler♥s

www.edicioneseldraco.com



Laguneros Noveleros

© DE LOS TEXTOS, SUS AUTORES

© DE LA FOTOGRAFÍA DE PORTADA, CHINITA

EDICIONES EL DRAGO

www.edicioneseldrago.com

info@edicioneseldrago.com

EDICIÓN PERMANENTE, 2021

ISBN: 978-84-18813-25-2

DL: M-32048-2021

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: MONTAÑA PULIDO CUADRADO

IMPRESO EN ESPAÑA – *Printed in Spain*

La reproducción parcial o total de este libro, mediante cualquier medio, vulnera derechos reservados. Queda prohibida toda utilización del mismo sin el permiso previo y explícito de los editores.



Este libro ha sido publicado gracias a la Concejalía de Bienestar Social, Calidad de Vida y Drogodependencias del Ayuntamiento de La Laguna.

Nota de edición: hemos respetado la forma de escribir de cada uno de los autores/as sin intervenir en correcciones de estilo para conservar su manera de expresarse.

PRÓLOGO

Decía Voltaire que la escritura es la pintura de la voz, aunque no es solo eso, también es un regalo al futuro capaz de trasladarnos a otros momentos o acercarnos vivencias del pasado que nos ayudan a explicar lo que somos en la actualidad.

La escritura de memorias es más que una simple actividad de autoafirmación personal, más que una reivindicación de la propia existencia, una terapia positiva o una sencilla reflexión sobre momentos de la historia vital que conforma la historia humana de un momento. Las memorias son esa pintura que nos habla de qué nos hizo ser quién somos en la actualidad y nos regala además unas historias de vida que resultan de gran valor para la sociedad actual.

El libro que tiene entre sus manos es el resultado de un gran esfuerzo personal y técnico, en un año marcado por una de las peores pandemias que hemos sufrido en este siglo y en nuestra historia reciente. La lucha contra la soledad no deseada, uno de los grandes males de nuestra sociedad, nos animó a desarrollar este hermoso proyecto con la Escuela Literaria. Lo hemos podido mantener a pesar de las dificultades de las fases sanitarias. Las enormes ganas de las personas mayores

de Agüere y de nuestro Consejo Municipal ha sido energía más que suficiente para cumplir estos objetivos.

Cada relato contenido en esta obra es parte de un legado inmaterial de memoria colectiva, de emociones, ilusiones, capacidad de superación o simplemente sueños que reflejan una sociedad marcada por los grandes cambios y transformaciones que hemos afrontado en este agitado tránsito del siglo xx al siglo xxi.

El regalo de tiempo y dedicación hecho por cada participante de esta actividad, junto con las técnicas enseñadas, nos ofrece pequeñas ventanas a momentos de nuestra historia vistas desde la perspectiva única y personal. Este pequeño tesoro de historias alberga la memoria colectiva y personal de vecinos y vecinas, vivencias y experiencias que no querríamos perder en la bruma de los años, que apostamos por preservar.

Dentro de un tiempo podremos asomarnos a estas vivencias y contemplarlas como un retrato de momentos que explican nuestra propia evolución como municipio o como sociedad. Algún día de ese futuro, en el que tal vez ya no estemos, alguna persona abrirá estas páginas y leerá, con la misma claridad que podemos disfrutar ahora esta pequeña pinacoteca de memorias, el alma y las experiencias de cada persona que ha hecho posible estos textos.

Sé en primera persona lo valiosa que es esta actividad. En las repisas de mi biblioteca mis hijos tienen un ejemplar con parte de los relatos de vida de su bisabuela en forma de librito,

donde plasmó recuerdos duros de las mujeres que vivieron desde esta orilla la emigración, de una niña de la guerra y de las necesidades que sintieron en sus carnes. También están ahí los momentos de celebración familiar o los éxitos personales, conviviendo en la luz y sombras que conforman una vida humana. Mi abuela vive en sus páginas, en cada relato, como hoy vivirán para siempre cada uno de los mayores que ha ayudado a alumbrar y llenar de contenido estas páginas.

Rubens Ascanio Gómez

PRIMER TENIENTE DE ALCALDE, CONCEJAL DE BIENESTAR
SOCIAL, CALIDAD DE VIDA Y DROGODEPENDENCIAS

LAGUNER♥S NOVELER♥S

Reírse de lo más hosco del pasado y rescatar solo las vivencias más adorables es una tentación demasiado succulenta para dejar en la escritura de las memorias un buen sabor de boca, pero para nuestros/as escritores/as el escenario de la posguerra intentará dominar los relatos y poemas de las generaciones que lo habitaron. Esas voces leales a su tiempo llueven en los textos porque la época todavía pide paso, pero tranquilidad que las risas también salen en este libro y secan con modernidad y gracia las lágrimas de algunos relatos.

Nuestros escritores y escritoras son 30 laguneros/as nacidos o adoptados por la ciudad. 30 laguneros/as noveleros/as que saben moverse entre las oscuridades, pero también saben que, en La Laguna, como en la vida, hay días que sale el Sol.

30 historias para deleitarse del picoteo de vivencias que les dejarán saciados de amor, solidaridad, lealtad, miedo y alegrías. Se van a reír y van a llorar porque han sido tan considerados con sus recuerdos, tan ágiles y sabios con la palabra que la lectura de este libro les va a arrebatarse el corazón. La Laguna enamora por sus riqueza monumental, histórica y académica, enamoran las tascas y los coquetos restaurantes,

pero enamoran ellos y ellas, sus noveleros/as, habitantes callejeros con razones para echarse por ejemplo a la calle La Carrera, ya sea hoy o hace 50 años. No importa, estos vecinos/as de La Laguna conservan el porte risueño retenido en sus ojos desde su juventud.

Sus utopías están escritas aquí, sus ilusiones plantadas en los verodes de los tejados, sus penas ya llovidas con palabras. Ahora queda el bienestar del trabajo bien hecho, el bienestar del objetivo cumplido o no, pero no veo rencor ni animadversión, si siento a leerles verdad sin nada de ñoñerías, estos 30 son de la buena cosecha de hombres y mujeres que se hacen a fuego lento, a latidos de corazón experto.

La buena letra con ganas entra y ellos/as saben que les faltaban las clases de Escuela Literaria, para aprender los secretos de la buena letra, y por eso acudieron a la llamada de la Escuela Literaria y de La Concejalía de Bienestar Social del Ayuntamiento de La Laguna porque todo lo que sale de ese horno institucional es delicatessen social, ayuda, buenos alimentos, generosidad y escucha. Gracias, ya de paso, a Rubens y a su equipo por estar ahí al pie, al corazón y a la cabeza.

Lagunero/as noveleros/as, gracias por darnos a leer un poquito de el bello patrimonio que es vuestra vida.

Antonia Molinero

PROFESORA DEL CURSO DE ESCRITURA DE MEMORIAS Y
DIRECTORA DE LA ESCUELA LITERARIA

LA CARRERA, UN VIAJE AL PASADO

La definía Don Miguel de Unamuno, allá por el año 1910, en su visita a Tenerife, como una larga e interminable calle con curva al final, refiriéndose a La Carrera.

Cierto es que solo estuvo un día en Tenerife y concretamente en La Laguna y dijo: «siempre igual, siempre mansa, siempre rutinaria que iba a perderse en las brumas, en las brumas del ensueño».

En una ciudad con la solera de Muy Noble, Leal, Fiel y de Ilustre Historia nace una de las primeras vías de la ciudad, llamada así porque antaño se realizaban carreras de caballos y circunstancialmente durante las fiestas patronales se hacían carreras de sortijas.

En época de la conquista se le denominó: calle que va a Santa María.

Con posterioridad, se le llamó Obispo Rey Redondo, aunque popularmente se sigue llamando La Carrera.

Hoy ni los más viejos recuerdan las carreras de caballos ni la venta de perdices y conejos en plena calle.

Esta calle lleva desde la Plaza de Abajo, hoy Plaza del Adelantado, hasta la Iglesia de Santa María de la antigua, hoy Iglesia de la Concepción.

Perdiendo parte del frenesí de su calle, nos adentramos en sus recovecos más míticos.

Partiendo de la plaza de Abajo, Plaza del Adelantado, antes de iniciar el recorrido por esta calle tan enigmática, se observa el Ayuntamiento y el Palacio de Nava, así como el convento de Santa Catalina de Siena.

La Laguna fue trazada siguiendo los principios filosóficos de la época, siendo el ingeniero Genovés Leonardo Torriani una de las claves de su elaboración.

La calle de La Carrera, que en principio era una calle rectilínea, que perdió su rectitud cuando el Adelantado rompió esa estructura, con una pequeña curva para no ver a la familia que mató a su hijo y que residía en la Plaza de Arriba.

Una vez y después de hacer una breve descripción histórica de la calle principal, nos adentraremos en esta leal y bulliosa vía lagunera.

Siguiendo calle arriba, entre adoquines y bejeques, lo primero que encontramos a la izquierda es La Alhóndiga, casa pública o mercado, del s. xvii, que sirvió como lugar de abastecimiento

de trigo, almacén del Cabildo, cárcel, escuela, juzgado y, posteriormente, como cancha de baloncesto, un signo más de su carácter cultural y deportivo.

Justo al lado, la casa del regidor, 1540, siendo una de las fincas más antiguas de la ciudad, sirvió como cárcel en el s. XVIII, sus paredes fueron testigo de las innumerables persecuciones y encarcelamientos en diferentes épocas.

Justo en frente, en esa misma extremidad de la calle, se ubicaba el Colegio Nava La Salle, un colegio histórico, fundado por Dña. María Concepción Salazar y llamadas Escuelas para la educación de los niños de la clase obrera y proletaria.

Justo enfrente y haciendo esquina, una hermosísima casa que sirvió a los laguneros como Notaría, su notario Juan Antonio Cruz Auñón decía, con cierto sarcasmo de él mismo: «me he pasado toda la vida dando fe».

Paseando calle arriba, nos encontramos con unos almacenes de prestigio como fueron los Almacenes Ramos, fundados en el año 1921, siendo el escaparate de las grades fiestas patronales, vistió de una manera magistral a los laguneros/as para que lucieran sus atuendos más bellos y así embellecer las tardes veraniegas.

La plaza de La Catedral, popularmente Plaza de los Patos, históricamente Plaza de Fray Albino, con sus altísimas palmeras que sirven de mirador periférico de la ciudad, que luchan contra vientos y que se sostienen en pie a pesar del paso de los años.

Su Catedral (1904-1915) domina el espacio-tiempo, de construcción neogótica y de fachada neoclásica es el valor eclesástico de la isla. Antiguamente adornada con un bello estanque donde convivían patos colorados y lirios de agua que era el disfrute de niños y mayores.

Casi a la mitad del camino, una casa señorial aderezaba de cultura la calle.

El casino un lugar de tertulias, de música de actos lúdicos y políticos.

Su gran escalinata central adornada con dos terrazas a ambos lados transformaba la calle como si del siglo xv se tratara. En los bajos, una taberna, el Bar Alemán, lugar de encuentro de escritores, poetas y artistas de todo tipo que animaban las frías noches laguneras. Quizás el más profano de la ciudad donde se acrisolaban todos los encuentros; sus mesas de hierro y mármol le daban ese carácter diferente.

La calle lucía su bello Teatro Leal (1915) hoy remodelado después de dos décadas de ausencia y abandono, en una época cinematógrafo, fue lugar de pregones, de bailes carnavales y de representaciones teatrales. De estilo ecléctico, adornado exteriormente con motivos florales e interiormente con sus murales y pinturas de Manuel Verdugo y López Ruiz.

Enfrente, el Hotel Agüere, símbolo de la ciudad, cuidadoso, señorial, donde las autoridades foráneas se hospedaban. Se recuerdan sus bailes que eran auténticos acontecimientos.

Llegamos casi al final del Paseo de Las Seis de la tarde, sin antes pasar por El Orfeón La Paz, lugar de culto para la buena música.

Al final del trayecto no podía faltar la euforia que producen los vapores del vino, la taberna literaria La Oficina, síntesis de la personalidad de los laguneros.

Este lugar fundado en 1944 por Don Ramón Herrera.

En sus paredes resaltaba una copla de Manuel Verdugo que decía: «contra la sed ardorosa, es buena medicina, la inyección intravenosa», para informes la Oficina.

En este recorrido nos faltan los detalles más populares, sin ellos La Carrera sería un erial.

Los paseos con personajes tan pintorescos como Albertingo con sus condecoraciones, el General Fagón un indigente con cultura y apasionado al vino, los pedigüeños, Elvirita y Pepe Bacallado que solo pedían unas perritas para pasar el día.

Recuerdo especial al carrito de Don Antonio en la Catedral que endulzó mi vida y las de mis amigos durante muchos años. A todos ellos, gracias por su generosidad.

A. Roberto Álvarez de La Rosa
ALUMNO DEL CURSO DE MEMORIAS

PRIMERA CONVOCATORIA

SABIOS PROYECTOS

Me gusta mucho la idea de recurrir a la memoria para buscar imágenes, situaciones y personajes que de alguna manera dieron sentido a mi vida o a la vida en general, en La Laguna del siglo XIX.

En estos días aciagos en los que flota en el ambiente la destrucción de nuestra retentiva, me propongo olvidar por unos minutos tanto dolor para hacerle un guiño a la vida y prometer siempre nombrar con bondad a la gente que se alejó de nosotros.

Me permito recordar a dos personas contemporáneas de los años 1892 y 1897, respectivamente.

Brillantes seres para mí, inolvidables. Fueron por muchos años referencia del ingenio lagunero, versatilidad y talento.

El primero, con oficio de zapatero, producía el mejor calzado hecho sobre horma personalizada y hacer escuela, a la vez que era uno de los más grandes estilistas que ha tenido la lucha canaria.

Sí, se trata del llamado Angelito, el Niño de cera o el Zapate-ro, hombre menudo, de 154 m y 54 kg de peso, pero de gran poder por su refinada técnica.

Angelito era capaz de dobligar, en pocos minutos, con tres o cuatro toques que parecían mágicos, a sus gigantones ad-versarios con enorme facilidad.

Era un vanguardista en su estilo de lucha y también, como no, en sus diseños con pieles de charol negro, rojo y con cue-ros hidrofugados, exhibidos en su tienda taller, ubicada en la esquina Juan de Vera con la calle San Agustín, paso obligado del paseo de misa de doce los domingos en la Catedral.

No era raro encontrar al señor Obispo con sus mejores galas, probándose su encargo en piel brillante y hebillas doradas.

El segundo personaje era un electricista autodidacta que empalmaba las puntas de cable con la corriente puesta y que todos los días, con un ligero golpecito del cabo de un destor-nillador, hacía sonar la vieja radio de madera. Un electricista cuando aún no había llegado el teléfono y las máquinas de calcular eran manuales y de manivela.

Tenía que ser un vanguardista por lo surrealista que resul-taba dominar la fuerza invisible capaz de abolir la farola de petróleo para hacer clara la noche.

Pero su magia no terminaba con la atracción electromag-nética de su oficio.

Él, además, cantaba como un ruiseñor; era tan amigo de chaqueteros como de progresistas y escondía su pensamiento siempre republicano, se aferraba a la cultura del folclore para que no cambiaran una frase, una coma o una cadencia.

Él decía de los que popularizaban el folclore, con el argumento de actualizarlo, eran capaces de cantar el arrorró canario por peteneras.

Fue el hombre que se apoderó de las malagueñas de Luciano, fue un artista a tiempo completo, admirable cocinero de domingos y días de fiesta y, en Navidad, llevaba su plato estrella a la panadería de su amigo, trasera de la Catedral, su pescado relleno que, por su tamaño, solo cabía en un horno de piedra.

Al igual que Angelito, Luciano, con su oficio, hizo escuela.

Las equinas laguneras recibían a Luciano en Navidad anunciando la venida del Niño Dios con el canto a lo divino acompañado de las cuerdas del Orfeón La Paz.

Era frecuente oír la voz de Luciano en Semana Santa cantándole una saeta al Cristo de La Laguna.

Este par de coetáneos laguneros acompañaron la vida de la ciudad tranquila que fue la ciudad de Los Adelantados.

Para mí, este par de seres humanos, Ángel Álvarez Peña (1892-1963) y Luciano de La Rosa Lugo (1987-1976), no solo fueron polifacéticos admirables dignos de recordar, sino que

fueron mis abuelos de quienes aprendí el camino más leal y honesto.

Estos son los grandes recuerdos que llevo en la prolongación de sus corazones.

El mundo está hecho por la memoria colectiva.

A. Roberto Álvarez de La Rosa

TE QUIERO MUCHO, TE QUIERO BIEN...

Se conocieron en Madrid. Tenían 28 años los dos. El venía de Berlín, donde había terminado las prácticas de Medicina, y con su título bajo el brazo. Ella venía de Ruan (Francia), donde vivía con su madre viuda.

Celso era de Asturias, de familia rica pero sencilla y algo retrógrada. Cuando le dijo a su padre que quería estudiar Medicina le contestó que, de acuerdo, pero que era su herencia la que gastaría en sus estudios.

Edith era de Normandía, de familia bien situada. Padre diputado en las Cortes y dueño de una fábrica textil. Este acababa de morir y ella se vio sola con su madre, con la que las relaciones no eran todos los días buenas. Sus hermanos se habían casado y marchado de la casa y ella decidió marcharse también. Encontró la solución al conseguir una plaza de profesora de francés en un colegio religioso en Madrid, donde pensaba quedarse un año.

Se encontraron en una merienda organizada por una tía del que fue más tarde su cuñado. Este quería ir, pues conocía a una de las profesoras del colegio donde trabajaba Edith y

a la que había invitado igualmente. Celso no tenía mucho entusiasmo en ir, pero su después cuñado le insistió, y terminó cediendo. Al ser presentados, él se enamoró locamente de ella. De hecho, esa misma tarde le preguntó si se casaría con él. Ella le contestó que, si se lo preguntaba en un mes, le respondería. Y así fue. Ella contestó que sí y a los seis meses se casaron.

Nadie, ningún miembro de las dos familias, dio un duro por ese matrimonio. Se marcharon a Gijón, donde él montó su consulta y donde nació su primer hijo.

Al principio, el idioma fue una pequeña barrera entre ellos: él era inútil aprendiendo, pero ella aprendió enseguida. Había expresiones que él no entendía bien, le decía «te quiero mucho» y ella contestaba «te quiero bien». Él le discutía, preguntando que qué quería decir con eso, que si lo quería poco o mucho pero no bien o mal, y ella le decía que sabía perfectamente lo que le decía y que un día lo entendería.

Al tiempo, Celso vio un anuncio en una revista médica en el que se solicitaban médicos en Canarias, de cualquier especialidad, y le preguntó a Edith si le apetecía intentar la aventura. Ella dijo sí, y, al poco tiempo, llegaron a Tenerife los tres y medio, pues ella estaba embarazada de su segundo hijo.

Al llegar, encontraron una casa grande, en pleno centro de Santa Cruz, y allí instalaron su domicilio y su clínica, a la que pusieron Covadonga, en recuerdo de la Patrona de Asturias. Aquí nacieron siete hijos más, lo que no les parecía tanto, pues ellos habían decidido tener doce.

Con 47 años, él empezó a sentirse enfermo. Le diagnosticaron esclerosis múltiple progresiva. Sus últimos meses fueron durísimos para toda la familia. Él no soportaba verse disminuido y sentirse inútil, aparte de que los dolores le minaban el carácter. A veces no soportaba ni que sus hijos hablaran alto, todo le molestaba. Pero ella siempre le habló en un tono dulce y sosegado, tranquilizador. Estaba con él prácticamente todo el tiempo, procurando que se sintiera cómodo, hablándole de los chicos y de lo que ocurría en la familia, entre otras cosas. Pero su deterioro fue rápido. En su última noche, todavía consciente, él le pidió perdón por su actitud de los últimos meses y le dio las gracias por haber compartido su vida con él. Le repitió una vez más que la quería mucho y ella le contestó que también lo quería mucho... Y él añadió «ahora comprendo lo que significa 'te quiero bien'».

Supongo que alguno de ustedes lo habrá adivinado. Pues sí, eran mis padres.

Catherine Fernández Maillard

TRES AVISOS Y EXPULSIÓN

Yo nací ya viejita y contrariada... ¿Motivos? Ninguno... ¿Dramas? ¡Todos! Me gustaban y me siguen gustando, para mi desgracia.

Presumida y segundona y con una hermana mayor independiente y brillante, lo tenía difícil para destacar que era lo mío. Para más remate, cuando tenía 3 años, nace el niño: «¡El niño! ¡El niño! ¡Ha nacido el niño!», gritaban por toda la casa... Y yo deambulaba como un alma en pena. Ahora sí estaba totalmente destronada...

Pero el día que mi hermanito bañó con su «líquido dorado» las caras de mis tías abuelas se ganó mis simpatías.

Mi madre no sabía qué hacer conmigo para verme contenta, porque yo, en lugar de hablar, gruñía «Grrrrrrrrrrr» y nadie sabía los motivos, podía ser que, en la mesa, el tenedor estaba torcido o el vaso de agua medio lleno, cualquier cosa que no estuviera a mi gusto...

Tanto gruñí que me quebré, vaya, que se me salió la tripita y estuve un año entero con un corsé, peor que el de Escarlata en *Lo que el viento se llevó*.

Cuando fui al colegio de monjas, la cosa no mejoró, recuerdo el día que el padre Víctor, nuestro confesor, nos pintó en la pizarra una cucaracha enorme y nos dijo que tuviéramos mucho cuidado con los chicos...

A los 12 años me enamoré de James Dean, había muerto 2 años antes, pero eso a mí no me importaba... Vi su 1ª película 8 veces y cuando me enfadaba con mi hermana la amenazaba: «¿A qué te cuento *Al Este del Edén?*». No, no por favor, me suplicaba... También tenía la costumbre de asustarla haciéndome la loca y cuando nuestra madre venía al oír sus gritos me hacía la dormida con cara de Santa Prudencia, que es una cara que he utilizado en muchos momentos de mi vida, dándome muy buenos resultados.

Cuando pasé al Instituto Cabrera Pinto y abandoné las monjas, que no las abandoné, me expulsaron con los 3 avisos: 1º amonestación, 2º una semana en tu casa, 3º expulsión por hablar en la fila. Me dieron los 3 al mismo tiempo.

¡Qué felicidad! El primer día nos fugamos por la ventana al Camino Largo, chicos y chicas, todos juntos, las manifestaciones contra las guaguas que habían subido los precios, recuerdo que aparecí en casa con un trozo de matrícula...

Después de 3 años de noviazgo con Julio D., me enamoré de Miguel S., un pijo de Gran Canaria al que no le gustaban mis gamberradas... Vimos quemarse la iglesia de San Agustín en el 65, ¡qué pena!, y cuando me dejó, estuve un mes yendo al Brasilia impecable, con falda de tubo, con

medias de costura y tacones, pero de nada sirvió. Lloré mucho.

¡¡Yo en esos tiempos escribía un diario muy dramático que me encantaba... y por fin a la Universidad!!

Los comunes de Filosofía y Letras y viaje a la Península con el TEA. ¡Cruzar el charco por 1ª vez! Fuimos a Sevilla y estuvimos hasta en el Aiún, llevando el teatro universitario, en Madrid nos ayudó mucho Mariano G., que me regaló una muñeca preciosa.

Tuvimos la suerte de contar con Emilio Lledó como profesor, ¡qué lujo!

Terminados los Comunes, queríamos seguir estudiando Filosofía Pura, y allí nos fuimos todos, a Madrid.

Año 65. «Los Grises» a caballo dando leña y los catedráticos Aranguren, Calvo y Tierno Galván expulsados de la universidad por apoyar nuestras protestas.

Olvidé, porque quizás quise olvidarlo, que yo era novia de Vicente R., bastante castrador: me quitó la muñeca, insistió en que quemara mis diarios, no dejaba que me apoyase en las columnas y me perseguía por todos lados con la cucaracha. Decidí abandonar Filosofía y me pasé a Geografía e Historia donde tenía muchas amigas muy queridas.

Recuerdo que, al llegar con un trimestre de retraso, tenía que superar una prueba con el catedrático Viñas, de Medieval.

Siempre hacía el examen con la misma pregunta: «La Invasión de los Bárbaros» y suspendía a todos... ¡Ah, no. A mí no...! Me negué a que me pasara lo mismo...

Compré una cartulina enorme, un par de centraminas y empecé a bajar bárbaros de todos los rincones, las galopadas fueron impresionantes, suevos, vándalos, alanos, godos y visigodos, ninguno se me resistió y aprobé...

Al año siguiente no pude volver a Madrid. ¿Qué hacer? Pues... ¡A Londres! Y allí me fui en barco «Monte Ullía», tocando Los Bravos «Black is Black» y donde me esperaban los Beatles, los Rolling y Tom Jones.

¡Qué maravilla! Recuerdo verme sentada en Piccadilly Circus, viendo pasar asombrada negros, chinos, indios, todas las razas del mundo, las vestimentas de todos los colores, los sombreros espectaculares... Tomaba 20 tazas de té al día y mucho chocolate, que lo encontrabas por todas partes... Aunque fui de *au pair*, a casa de un rabino, mi prima, que llegó unos meses antes, estaba con una rica judía, ¡qué suerte! Yo no y desde que supe decir «*bye, bye*» me escapé a un hospital con amigas españolas y novios italianos. ¡Allí vimos ganar a Massiel en Eurovisión!

Era el año 68 y ya en el 69 decidí volver a Tenerife, dispuesta a mi regreso, pensé: ¿y si me acerco una semanita a Francia antes de volver? Allí estaba mi prima.

Dicho y hecho. Llegué con mi minifalda, peluca y lazo correspondiente, dispuesta a ganar París, pero sin darme

cuenta de que llegaba después de la revolución de mayo del 68.

A la semana, estaba yo con vaqueros, pelo corto y el *Libro de Mao* en el bolsillo... Cambié el chocolate por el queso y el té por un vinito, decidí quedarme un año, aprender francés y arreglar el mundo.

En las clases de La Sorbona conocí a Liou, camboyano. Rezo para que no cayera en manos del sanguinario Pol Pot que en el 75 llevó de nuevo a Camboya al medievo y se cargó a todos los intelectuales. Ya en Tenerife, un año más tarde, ¿qué hacer? ¡Pues casualmente llega a Tenerife el France con Mme. Pompidou y buscan guías de francés debajo de las piedras... y allí estaba yo! ¡¡Me estrené de guía turística, y me gustó!!

Corrían los años 70 y mientras Tony Ronald cantaba «Help», «Ayúdame» en el Parque San Francisco del Puerto de la Cruz yo me dedicaba a pasear señoras de la Sección Femenina con mi compañero José Luis que con el timble las deleitaba con canciones de su tierra...

¡Ah!, y la carrera, la terminé.

Cristina Savoie Álvarez

TINNITUS

Memorias, rebuscar y ahondar en recuerdos, abrir el corazón y enfrascarme en leyendas de tiempos pasados, cuentos que nadie cree verídicos. Asombra una vida sin televisión, sin teléfonos, donde las noticias llegan en barco a los corrillos del pueblo tras la faena.

Los recuerdos me entristecen, recordar cada día, para la tarea semanal, acumula emociones tan dispares como amor, dolor, ira... pero, sobre todo, saudade (ese deseo melancólico de resolver la distancia).

La jubilación llega cada día cargada de recuerdos... Mucho tiempo para pensar.

En la soledad de la pandemia, la vida no es garantía de llegar a mañana y la experiencia me ha cambiado, el mundo me cambió.

Apagué las noticias para vivir el día, sin futuro... Aunque quizá solo existe el momento. El rayo de sol llama a la puerta, mi hija llega puntual con la compra, solo un momento, asustada y con temor a abrazarme.

El miedo social continúa. Yo prefiero morir contagiada en un abrazo que vivir, o morir, lejos de los que quiero.

Abuela, cuando yo era pequeña, en la penumbra de su habitación me decía que allí, a solas, pensaba en la muerte.

En mis horas de soledad pienso en muertos, mis muertos y vuelvo a ser una niña entre ellos.

Mamá, cansada de mis preguntas, me decía que yo era hija de las hierbas. Me entristecía el pensamiento de no pertenecer a la familia, pero mi hierba favorita era el dondiego de noche, verde intenso con trompetillas de colores, en nuestro entorno fucsia y amarillo. También podría ser hija de la alfalfa, el terreno en el que crece es menos pedregoso y siempre bajo el vuelo de pequeñas mariposas azules y saltamontes.

Leer a Julio Verne en los viejos libros de tío Antonio fue enriquecedor: recorrí Rusia con Miguel Strogoff huyendo de los tártaros, llegué al oeste americano de la mano de Marcial Lafuente Estefanía. En la penumbra de la puerta, mientras ellos dormían, paseé por las llanuras y la situación tras la guerra de Secesión americana.

Galimatías infantiles... Llevo muchos días inmersa en la infancia, mi infancia.

Hace poco me pararon en la calle para que me asociara a una ONG y, ante mi disculpa, la joven me increpó sobre la situación de los niños en el siglo XXI... Y la conozco. Corrí

descalza en la infancia para no romper las alpargatas del colegio, desayuné aguas de toronjil con gofio y pellas de gofio con cebollas. Llegamos a compartir una lata de sardinas para seis con papas guisadas.

Algunos días nos levantamos a las cuatro de la mañana con papá para ir a por hierba a la ladera, había que madrugar para llegar a tiempo a la escuela. Caminar por el pueblo, en la noche, tiene una emoción especial, las estrellas aún cuelgan del cielo mientras el eco de nuestros pasos parece alejarse con nosotros. Los obreros de la refinería cuchicheaban al tiempo que el cigarrillo se apagaba en sus labios. Cargué el agua desde el grifo municipal para el día a día, feliz de mojar-me los pies mientras las cacharras del agua se balanceaban.

En mi infancia, en la que todo y todos éramos útiles, nada sobraba y la basura era estiércol que había que extender en la huerta... Y, a ratos, jugar en la calle con una pelota hecha con un calcetín viejo y recortes de tela regalo de la vecina costurera.

Mi niñez... Quizá todo eso hoy lo sufren mis huesos. No cambiaría nada de mi pasado infantil, fui muy feliz.

Quizá llegue el día en que los viajes en el tiempo sean posibles, iría a abrazarles una vez más y a decirles que los quiero, solo por un momento.

No escaparía de mi vida actual, pese a la pandemia. Disfruto de la soledad, inmersa en mis pensamientos, también de las flores que traje a mi vida tras el confinamiento, entonces

solo tenía un pequeño geranio que me acompañó con sus flores rosas y sus hojas secas que iba limpiando cada día.

Mi vida actual, aislada de amigos, de besos, de abrazos... Pero cerquita de los que quiero, mi familia chiquita que, tras el agujero negro que significó mi separación, trajo la luz a mi vida.

Hoy más que nunca, en este mundo de pandemia, experimentamos la fragilidad de la vida, donde la muerte se siente tan cerca y disfrutar de la vida, con abrazos, canciones o bailes te puede llevar a la falta de aire... Ese aire que ya nos falta con tantas restricciones.

Josefa Alberto Mendoza

LA CONCIENCIA

Lo primero que quiero mostrar en este escrito es preguntarme: ¿Qué es la conciencia?

La conciencia se puede analizar de muchas maneras y desde muchas disciplinas, como la Filosofía, con Locke o Hobbes, el cual defendía que el hombre es el lobo que le va a devorar, así como de la Psicología de la Educación y sin olvidarnos de las diferentes obras cinematográficas.

Mi definición estaría centrada en la idea de que nuestra conciencia comienza cuando somos conscientes de nuestra propia experiencia. El primer momento del que tengo recuerdos conscientes es de jugar con mis hermanos, así como con mis padres y compañeros y con las compañeras de clase.

Me gustaría reseñar que la conciencia parece ser una capacidad que solo tienen los seres humanos, somos conscientes de hacer cosas buenas y así como las mañas, a diferencia de otros seres vivos, los cuales poseen instintos que les hace sobrevivir.

Respecto a esta reflexión, me gustaría que vieran el discurso del presidente de Uruguay, Mujica, cuando le preguntan

sobre la realidad de México y este, con bastante elocuencia, respondía como los seres humanos somos conscientes para cambiar el mundo.

Ese pensamiento difiere mucho de las películas de ciencia ficción, como *2001, Una odisea del espacio* o *Terminator*, donde seres cibernéticos van adquiriendo consciencia y se rebelan contra los seres humanos hasta el punto de llegar la extinción.

POEMA

Muy acorde a esta realidad propuesta, me gustaría concluir con un poema:

Solo me queda un recuerdo, de buen corazón
eres como una bonita flor de la vida.
Más cariño tendrá en esa simpatía
más querida ese amor que quieres en esta admiración de aquel
[ser más querida
en aquel querer sueñas juntos en esa simpatía más querida
la alegría siempre es bienvenida para todos aquellos amigos que
[quieran asistir al mas más querida.

Leonardo Siverio Perdomo

LA LAGUNA

La Laguna se despereza con el sol que asoma por las montañas y deja su iridiscencia en las puntas de los árboles altos. Ella tiene el cielo más azul que pueda imaginarse, flanqueada de verdes y verde en sí misma estira sus brazos de valle hasta donde la vista alcanza.

Ya la luna pasó por el púlpito, imitando el alzamiento de la copa en la eucaristía, casi chocándolo, tan religiosa... Ahora es el sol quien pinta los tejados de balos y bejeques que florecen en primavera o los cerrajones de febrero con sus racimos amarillos contra el violeta.

Sus calles, paseadas por la brisa filtrada de los bosques circundantes, nos regalan serenidad. Las plazas se solean al fresco con pachorra: San Benito, La Milagrosa, la Catedral con su charco, la Concepción y la Placita las flores, la Plaza Abajo...

Dragos, palmeras, araucarias o algún pino viejo dan cobijo, como los tejados, a helechos de monte, incluido el delicado culantrillo que anida en los huecos de los troncos centenarios. El conjunto te invita a sentarte, a estar sin pensar, o

diluyendo pensamientos en el trino de los pájaros que los habitan.

De San Diego a Las Canteras el terreno retoma su nombre cuando llueve y el nivel freático sube a flor de tierra, convirtiéndose en un gran charco, que realiza una función casi como la del Creciente Fértil que los agricultores aprovechan para la siembra de lechugas, zanahorias, coles, millo y toda verdura conocida. El terreno llano que se encuentra entre la Mesa Mota y las montañas de enfrente, Las Mercedes, Jardina, Lomo Largo, son llanos de cultivo, llegando esta Vega hasta el Cristo, esa tremenda plaza que en fiestas nos transporta a las medinas árabes o viceversa.

Dentro de esta vega, a la entrada del Parque de La Constitución, existe un camino de jardines y palmeras donde anidan pájaros, mirlos, palomas y, en ellas, comienzan a crecer dragos, balos, cerrajas, helechos... Es muy hermoso sentarte y caminarlo sin pensar. Como lagunera, es todo el fin que necesito.

La zona del Rodeo, todo el aeropuerto y sus alrededores, era tierra de cultivo, de él dicen que se había marcado una cruz en el mapa de Tenerife para señalar que, de toda la isla, ese era el único lugar donde no se debía construir dado que la bruma que subía por el Portezuelo restaba visibilidad a las maniobras de los aviones. Sin embargo, esa misma humedad había alimentado los cultivos durante milenios. Los Rodeos, Agua García hasta La Esperanza, era un terreno inmenso y allí se encontraba el granero de este valle.

El verano es espectacular, no existe, solo algunos días que si respiras fuerte te asfixias de 40 grados de calor a la sombra.

Septiembre entra como un derrame de alegría y bullicio por la Universidad. De repente, comienzan a perfilarse las sombras o la luz, no sé qué es, sé que precisas una rebeca o suéter, a veces paraguas.

En los bosques de Anaga florece en abril la *Crambe arbórea*, una lluvia de flores chiquitas que aroman los espacios embelleciendo los caminos junto a los tajinastes blancos, azules y rosas y la morgallana, esa florita amarilla con pétalos de cera que jalona sorribos y cunetas. Desde el mismo Púlpito se observa por qué es tan fría esta laguna nuestra. La isla es chica; El Teide, muy grande y cuando nieva o graniza, todo el frío entra por ese hueco de la dorsal, desde la Esperanza al Púlpito, anda y se detiene en los escaparates de la ciudad a comprar un buen abrigo. Este frío es muy frío, precisa calefacción, aunque no para los laguneros, ellos dicen que el calor en las casas les da airones al salir, y es verdad. Los isleños no tenemos cultura de frío, no sabemos andar abrigados, nos da calor, y solo las muchas mantas consiguen mantenernos calentitos.

Existe el mar en La Laguna, en Valle Guerra, en la Barranquera, en Tejina, Jover, Bajamar y Punta Hidalgo, y alguna más ya en Anaga como Ocadila. La Barranquera no la conozco, pero sí Jover, con su piscinita chica de piedra y su chorro de agua dulce sobre la playa, donde nos enjuagábamos al salir del mar. De Jover puedo contarles cómo nos íbamos los

domingos del verano toda la familia, incluido abuelo y tíos. A mi abuelo le gustaba pescar con caña y allí mismo en Casa Marina, un restaurante con un manojito de cañas, de las cañas de los cañeros, en una esquina, se cogían o alquilaban cañas para pescar ese día, al irnos se devolvía, pero con ellas se pescaba igual que con las compradas.

De Bajamar fue la adolescencia, de aceite de comer con limón exprimido para broncear.

De olas que rompían, no tanto como ahora, ahora rompen duro y se elevan al cielo en hermosas fuentes. En el verano, ya desde Semana Santa, Bajamar era el lugar donde miles de muchachos/as se conocían, jugaban con las olas, se hacían los fuertes asidos a las barandillas para que la ola no los tirara o, desde allí, lanzarse al agua. Dos piscinas grandes y hondas con olor a algas y a bronceadores de coco, y de grandes espacios para tomar el sol respirando adormecida sobre una toalla.

De La Punta como de Jover, recuerdo a mi abuelo y tíos pescando con caña y mi padre, buen nadador desde chico, pescaba con fusil, cogía almejas y lapas y mi madre... El almuerzo, la marea, los charcos, la piscina del Altaga y los tarajales para que mi madre se resguardara del sol, la merienda, la guagua y la luna al oscurecer asomando su claridad deslumbrante por encima de las montañas. Los olores forman parte de mi memoria, siguen siendo los mismos que viví.

María Albania Pacheco Córdoba

HOGARES FLOTANTES

Por un camino de piedras, salió del pueblo un día, contando cada uno de los pasos que le llevarían hasta ese barco fondeado en la bahía. Con un bebé en sus brazos y como único equipaje una frase: «Mamá... ¿Nos traes caramelos de Santa Cruz?». Posiblemente no fue la mejor manera de hacerlo, pero sí la única de que disponían. No viajó sola, un mar inmenso de oportunidades y un cielo esperanzador vinieron para hacerle compañía.

Mis primeros recuerdos son de tierras hermosas, fértiles, llenas de cafetales y naranjos. Ese olor a azahar y al café recién tostado entre isas, joropos y muñeiras. Para mi entender de niña eran hogares flotantes, donde los pasillos, habitaciones y cocinas solo tomaban importancia en las tardes de domingo cuando se compartían sueños de entregas absolutas. Entre arepas, caraotas y guarapo, llantos y risas, el sentir de una guitarra... Todo cabía, todo se hacía necesario hasta culminar los sueños que los llevarían al retorno añorado.

Todos y cada uno de esos momentos y espacios que tocaron mi alma los cosí en cada centímetro de mi piel y lo hice con hilos de oro para que quedaran fuertes y seguros y poder

recurrir a ellos cuando llegara el silencio de esas noches gélidas de invierno, para crecer sin ausencias y con ausencias, para seguir manteniendo que un hogar es un espacio de magia donde tu alma y tu cuerpo agradecen estar ahí, sintiéndose plenos y satisfechos de haberse encontrado.

María Victoria Hernández Reina

DECISIÓN DOLOROSA

En la vida hay muchas circunstancias que a veces nos obligan a efectuar un diálogo o conversación silenciosa con nosotros mismos, que puede ser tormentoso, ameno, tranquilo o sereno, según cada situación o caso particular.

Hace muchos años en una de esas encrucijadas que nos presenta la vida, una mujer que conquistó mi corazón por primera vez, después de un noviazgo de cinco años de duración aproximadamente, me pidió me fuese a vivir con ella a los Estados Unidos de Norteamérica.

Confieso que no me esperaba tal invitación en ese momento.

Me alegré mucho por ella, le pregunté, «¿por qué te vas?». Ella me repreguntó, «¿por qué no nos vamos juntos mi amor?», guardé silencio. Nada le contesté.

Me dije en ese momento a mí mismo, «tengo que saber por qué se va, ¿habré hecho algo mal?, ¿qué le molestó?».

Cuan crueles son la duda y su aliada la suposición.

Seguidamente se lo pregunté. Ella me contestó que la empresa transnacional donde trabajaba iba a cerrar operaciones en Venezuela y como ella era jefe de la Gerencia de Ventas de esa Empresa, con amplia experiencia y buenos resultados, le ofrecieron irse con ellos a EE. UU., pero con la condición de que debía emigrar hasta ese país y radicarse a vivir en él definitivamente.

Grande fue mi turbación, también enorme fue la sorpresa y mayor mi desolación, porque después de graduarme, había conseguido por fin un excelente empleo, mi primer empleo formal, estable y, además, bien remunerado; me gustaba mucho y me había permitido comprar un vehículo de agencia, entre otras cosas más.

Yo estaba en mi zona de confort, además, como hermano mayor, me había trazado el compromiso autoimpuesto de ayudar a mi mamá y también a mis dos hermanas menores, que aún necesitaban apoyo para poder estudiar.

Pasé varios días analizando los pros y los contras de esta decisión tan imprevista que me presentó la vida de repente, sin aviso ni darme chance alguno para maniobrar, ganar tiempo o prepararme mental y anímicamente para acompañarla como se lo merecía y me había pedido.

Me decía a mí mismo, «¿por qué nos pasa esto? Dios, tú me concediste un deseo, a pesar de nuestra diferencia de edad, ella me brindó esta hermosa oportunidad, y la amo mucho, también sé que ella a mí me ama también».

Aclaro que la diferencia de edad no fue la causa de nuestra separación, pues nos llevábamos muy bien los dos: había mucha compenetración, complicidad, confianza y nos entendíamos muy bien. ¡Dios, sabes cuánto la amo! Si tú me concediste esta petición cuando era niño, cuando al verla por primera vez extasiado con su belleza me quedé, me enamoré al verla por primera vez y le confesé que era la mujer más bella que mis ojos habían visto y si al yo llegar a la mayoría de edad, ella aún no tenía ningún pretendiente o pareja, la iba a buscar para tratar de conquistar su corazón. Este sueño, esta proclamación de amor puro y sagrado, se hizo realidad.

Cuan bello fue nuestro amor, ¡cuánto me amó!, ¡cuánto la amé!, ¡Dios! ¿Qué hemos hecho para que nos pongas esta prueba tan terrible?

¡Dios! ¿Por qué nos pasa esto a los dos?

Esto me pasa a mí, ¿por qué? ¿Por qué a mí? ¿Por qué a ella también? Sé que ella se va para mejorar su vida y yo estoy en una encrucijada o laberinto, difícil de descifrar o de resolver.

Por un lado, ¡no la quiero perder!, ¡la amo!, es la primera mujer que amé desde muy niño, pero no le puedo pedir a ella que se quede e inmole por mí, sería egoísta, sería mezquino y repulsivo de mi parte, porque es una oportunidad única que en la vida tiene ella, se la ha ganado con mucho esfuerzo, por sus méritos acumulados, no puedo ser un freno, un lastre, ni un ancla para ella, eso no sería honorable de mi parte, también representa lo último que desearía ser para ella o para cualquier mujer.

Confieso que me pude ir con ella, pero tenía también un compromiso moral ineludible, autoimpuesto, con mi madre y mis hermanas, no era apego, tampoco temor, era amor fraternal imposible de borrar. No, no las podía abandonar y dejar a su suerte. Mi madre había sido un ejemplo de amor y dedicación conmigo y mis dos hermanas menores, por eso, como hijo, como hermano mayor respectivamente, no las podía dejar o dejar a su suerte, cuando tanto me necesitaban ellas a mí también. No podía fallarles, eso era impensable, debía cumplir mi deber filial.

Analizada la situación me dispuse a informarle de mi decisión para que ambos pudiésemos elegir qué hacer con nuestras respectivas vidas de forma consensuada.

Nos vimos, aquella tarde inolvidable, en la tasca que asiduamente visitábamos. Conversamos, bailamos, compartimos unas copas, degustamos unas deliciosas tapas y luego dialogamos como nunca antes lo habíamos hecho.

Le pregunté sobre su elección y me ratificó con gran firmeza su decisión y, a su vez, me preguntó qué iba a hacer yo.

¡Rogué!, ¡imploré!, ella pidió y también suplicó, pero la vida con sus circunstancias, implacablemente nos separó.

Sentí un profundo silencio, largo, denso, inmenso, horrible, tan enorme como el universo o la eternidad.

Sentí que el piso se había desvanecido, en un instante me vi flotando en el espacio, indefenso, con una terrible sensación de soledad y sintiendo ser succionado por una especie de agujero negro, que me llevaba como marioneta por doquier, sin soltarme, arrastrándome contra mi voluntad, sin piedad, sin poderme defender de su fatal atracción, imposible de burlar o evitar.

Una vez más me volví a preguntar, «¿por qué nos ocurre esto? ¿Qué pasó? ¿Por qué el destino nos separa? ¿Acaso no existe el libre albedrío? ¿Por qué esto nos ocurrió a los dos si había tanto amor?».

Le comuniqué también mi elección, la entendió y cual cuerpo de agua indómito, el manantial de sus ojos en río crecido se convirtió, y de mis ojos otro brotó, uniéndose los dos, conformando un enorme, caudaloso e impetuoso, arrasando todo a su paso, tiznándolo todo de profundo dolor. Seguidamente nos contagiamos de profunda tristeza y desolación.

Finalmente, llegó el momento de la separación. Ninguno de los dos capituló, ante el destino éramos como dos hojas secas arrastradas por la corriente indómita del destino sin ningún control.

Al final, nos abrazamos, nos despedimos, nos dimos un último y largo beso que nos llegó al corazón. Llorando y muy compungida me dijo que no me olvidaría y que, de seguro, a ella tampoco la olvidaría yo.

En eso confieso que se cumplió todo lo que vaticiné.

Me pidió que no la acompañara al aeropuerto de Maiquetía, nos despedimos allí, en ese fatídico día, nos dimos ese último beso, la miré, me miró, nos dimos ese adiós, que me mantiene hasta hoy, sintiendo un profundo silencio, desolación, soledad y dolor.

Más nunca supe de ella, la presentí, indagué, la busqué cual cazador a su presa, pero perdí de ella toda pista o rastro de su paradero o ubicación, pero, a esa mujer tan tierna, sutil, dulce, bella, a ese ángel de luz y amor, jamás la he podido olvidar yo.

Miguel Alberto Pérez

PIEDRAS

Ayer como un día más me levanté, me bañé y desayuné. Luego salí de mi casa con la mochila de mi conciencia en mi cansada espalda a resolver cosas de mi vida cotidiana, pero al pasar por una calle adoquinada llena de hojas caídas de los árboles anunciándonos el otoño, me senté al borde de un pequeño muro para descansar un poco.

De pronto se me ocurrió trasladar mi mochila hacia mis manos, intenté abrirla, pero el cierre estaba atascado, luché y luché para poderlo abrir y, poco a poco, en una pequeña parte donde apenas podía introducir mi mano, logré sacar una piedra.

Me di cuenta de que era el interior de mí mismo, la contemplé un poco y vi como las partes grises se blanquearon. Arrojé la piedra al lado de un árbol, luego volví a meter mi mano, aunque el cierre seguía atascado, pero pude sacar otra piedra.

Vi claramente que era la estupidez que guardaba dentro de mí, sonreí y la tiré hacia la hierba que había bajo los árboles, me sentí tranquilo, me levanté y vi que la mochila estaba ligeramente más suave, tenía que seguir haciendo mis cosas.

Y así poco a poco fue transcurriendo el día hasta llegar la noche, me acosté a dormir como es habitual en mí, me puse a leer hasta entrar en un pequeño y dulce sueño donde los pájaros cantaban mientras yo sonreía y contemplaba todo alrededor.

Pasaron unos días y seguí como siempre a lo mío sin pensar mucho en mí como es habitual y queriendo tenderles una mano a los otros/as no sé si por cariño, porque soy solidario o por no querer enfrentarme a mí mismo, pero una vez que había desaparecido la estupidez caminé como siempre con mi pesadita mochila. El día estaba gris y calle abajo me senté en un banco e hice lo mismo: volví abrir la mochila, esta vez el cierre estaba un poquito más flojo y cuando saqué la siguiente piedra sentí repulsión y comprendí que era el rencor, acumulado dentro de mí, que la venganza era un acto de pasión y que la revancha un acto de justicia, que el miedo es lo que sentimos cuando vemos que el dolor se acerca y cuando vi todo eso reflejado tiré la piedra a una pequeña papelera que estaba junto al banco quería liberarme de todo aquello que solo nos lleva a sufrimientos inútiles, volví a poner la mano en la mochila y salió la siguiente con menos esfuerzo, representaba ese vacío que dejaron en mí todos los seres queridos que me habían precedido, mis lagrimas brotaron ligeramente, pero, de pronto, me vino a la mente un poema de Juan Ramón Jiménez titulado «El viaje definitivo» que decía:

«Y yo me iré y se quedarán los pájaros cantando, se morirán aquellos que me amaron y el pueblo se hará nuevo cada año».

Y me di cuenta de que era un ciclo más de nuestra existencia y que todos los seres vivos teníamos que irnos para dar paso a otros seres igual que ya otros lo habían hecho por nosotros/as, a todos/as nos unía una cosa: el nacer y el morir, la diferencia estaba en la vida que habíamos llevado, sonreí y di gracias por estar aquí y porque un día yo me iría para dar paso a otros seres.

Deposité la piedra en un maceta de flores que había un poco más abajo y al mirar hacia otro lado vi como una guagua llena de escolares iba hacia su colegio. Sentí gran satisfacción y me dije ellos/as son a los/as que harán un lugar nuevo sin mí y comprendí que, afortunadamente, no era imprescindible.

Días más tarde volví a salir. Como de costumbre, me sentía un poco cabizbajo, pero las obligaciones de mi vida cotidiana me forzaban a salir.

Cuando las termine me senté en un banco de una plaza que estaba junto a una iglesia, volví a abrir la mochila, metí lentamente mi mano y recordé a todos los seres que se habían apartado de mí y yo de ellos unos por trabajo, otros por caminos que habían elegido y otros por malos entendidos unos me dolieron más que otros, sobre todo mi hija, pero comprendí que con el paso del tiempo tal vez las cosas se arreglarían y de no ser así, tampoco era ninguna tragedia, no podía vivir ilusionado en un tal vez que nunca llegaría. Me quedé pensando y volví a meter la mano, cogí otra piedra y vi todos aquellos sueños que no se habían realizado y los sentimientos de culpa que había tenido a veces por la cultura judeocristiana que solo viví fuera de mi casa.

Me encogí de hombros, sonreí y deposité las dos piedras en la escalinata de la iglesia pensando que todo es ficticio y es solo producto de nuestra mente, según la cultura en la que vives tendrás tus alegrías, tus frustraciones y las cosas no son blancas ni negras sino con tonalidades de gris.

Recordé una película donde el personaje decía en una reflexión que cuando contemplamos un cuadro al óleo a través de los años un barco dejará de estar en alta mar, la imagen de un niño dará paso a la imagen de un perro, fue algo que el pintor quería hacer en ese momento y no pudo, pero el tiempo lo puso en su sitio y así pensé que podría pasarme a mí. A esto creo que se le llama *pertimento*.

Vi que la vida se componía de alegría, tristeza y muchas cosas más, todo dependía de cómo intentáramos aceptarlo, que todo movimiento del universo tiene una causa y que teníamos que deshacernos, en cierto momento, del orgullo, de la codicia, del temor que es lo que nos paraliza, de la ignorancia que nos deja crecer y, en cierta manera, del deseo, para no estancarnos en buscar algo que es imposible que llegue y cuando digo deseo me refiero a las cosas que nos esclavizan y al final decimos que ha valido la pena hacer todo este camino, que tenemos que buscar siempre el camino medio que está entre los polos opuestos y es el que no nos hace sufrir y así seguí día tras día.

Ya con mi mochila mucho más ligera una tarde paseando por un parque me senté en un banco, contemplaba cómo los perros jugaban libremente mientras sus dueños/as hablaban tranquilamente, cómo los adolescentes empezaban

a descubrir el amor con una prepotencia como si nadie lo hubiese descubierto antes y los niños/as jugaban con una pelota ignorando el futuro que les aguardaba la vida, también contemplé una pareja de ancianos y comprendí que teníamos que mirar la vida con la inocencia de la niñez y la sabiduría de la dulce vejez.

Por un momento pensé que me estaba volviendo místico, pero a la vez me dije que el misticismo no es patrimonio solo de los creyentes y recordé al filósofo alemán Nietzsche. Cuando le dije a su hermana:

«Si quieres tener una vida tranquila, ten fe, si quieres conocer la verdad, búscala».

Aunque algunos dicen desde el punto de vista científico que solo el tiempo es el maestro de la verdad lo que hoy es útil, mañana no, pero es la ciencia así de mágica. Espero que esto no lo lea ningún investigador, pues me diría la ciencia lo menos que es magia son hechos, a quien yo le diría: «no seas tan religioso».

Volví a coger mi mochila, la abrí, el cierre estaba ya bien y así, lentamente, fui tirando piedra tras piedra: la soledad impuesta, el sacrificio estéril, etc., etc.

Quedaban tres piedras unidas, las cuales no podía despegar, eran la estabilidad, la paz interior junto a la armonía y la felicidad moderada pensé, «¿y si mi vida hubiese sido otra?», y luego me dije, «no, porque si no ya no sería mi vida, esta es la que vivo y los caminos que me quedan por recorrer».

De pronto me vi que atravesaba una charca de agua llena de peces y unos patos. Parecía que iba levitando como si fuese Cristo y me dije quiero ser humano y realmente vi que era humano, dos policías municipales me pedían mi DNI mientras me decían, «¿no le parece que ya es mayorcito para gamberradas?».

Me pusieron una multa, «si la paga antes de 15 días tendrá un pequeño descuento», me volví a sentar mientras mis zapatos y mis pantalones estaban llenos de barro, me levanté dejando la mochila mientras una pareja de adolescentes me decía, «señor, dejó la mochila».

«Está nueva», les dije, «se las regalo, utilícenla para lo que les apetezca, las piedras que están dentro no las tiren nunca, no permitan nunca llenarla del todo», y me miraron con escepticismo.

Así, caminando hacia mi casa y contemplándolo todo, vi las horas que se me hicieron un suspiro, los minutos que fueron eternos, la estupidez que nos suele invadir a las personas muchas veces y con mis pies cansados llegué a mi casa, me dispuse a sacarme la ropa y los zapatos para no coger un catarro y darme una ducha.

Así de simple es y será mi vida junto a mis recuerdos que siempre serán mi fiel compañía, mi conciencia, las sorpresas que me reparara la vida, unas malas, otras regulares y otras buenas, y dentro de un tiempo, con la misma simpleza que vine, me iré, estando mañana entre la nada y el olvido,

pero con la satisfacción de haber luchado y cooperar con todo lo que creía injusto, legado de todos/as los/as que me antecedieron, siendo siempre yo mismo con mis pros y mis contras pensando como yo creo, sin aquellas manipulaciones que me ayudaron a crecer con amor y comprensión.

Pablo Manuel Rodríguez Lorenzo

SEGUNDA CONVOCATORIA

EL CARNAVAL

Un sábado gordo había muerto una tía política de mi madre y había que ponerse luto; a mí me tocó ponerme un delantal negro, uso y costumbre de la época. Pero ya mi grupo de carnaval teníamos proyectado salir el martes de carnaval, como todos los años, incluyendo a mis dos hermanos, pues éramos nosotros tres los que amenizábamos los bailes.

A mí me prohibieron salir, porque tenía luto. ¡Uy! ¡No, no! Di la noticia, nos reunimos y expuse el problema. Justa, sobrina de la difunta, cuya casa era donde se celebraban los bailes, dijo: «¡Caray! ¡No tenía otro día más aparente para morirse que en carnavales!».

Pues nada, ella tenía noventa y ocho años y a nosotras nos quedaba mucho que andar. ¡Celebraremos el carnaval!

Mis hermanos salieron, llevándose las guitarras y los timples; yo pensé: «ellos no tienen luto». Claro, ¡porque son chicos! Y a mí, como soy chica, me ponen luto. ¡Pues no lo admito!

Nos reunimos en el local donde se iba a amenizar el baile, encargándoles que no dijeran que íbamos nosotros o, de lo contrario, no habría baile.

Desde ese día entendí que lo del luto en las chicas era un pretexto para que se quedaran en casa. Yo, con catorce años, me dije: «¡No, no y no! Si mis hermanos salen, ¡yo también!».

Llegó el martes de carnaval. Dije a mi madre: «voy a ver a mi amiga Marina, que está malita» y me dijo: «vete, pero no tardes». Cuando iba llegando al final del camino, vi un laurel alto. Me quité el delantal y lo colgué de la rama más alta; el viento lo agitaba de un lado a otro. Quien lo veía decía «han colgado una bandera en El Cabezo y se ve desde todo el pueblo». ¡Dios mío, como sea lo que me anuncio! Ya veremos...

Nosotros llegamos al lugar ya elegido y constituimos una parranda; fue de locura, la gente cantaba y bailaba. Yo pensaba, «cuando llegue a casa me espera una parranda de tortas en la cara, pero vamos a disfrutar de esta que es mejor».

Al finalizar, nos dirigimos a casa; yo sabía que mi madre me esperaba detrás de la puerta, por eso le dije a mi hermano que fuera delante. Cuando se abrió la puerta, recibió un escobazo en toda la cabeza. Yo me dije, «si llego a entrar primero, me quedo sin narices y ella sin escoba».

Al final, nos divertimos todos, incluso mi madre dando escobazos.

Calixa Siverio Martín

MIS VACACIONES

Hace años fuimos de vacaciones a Lanzarote mi tía y yo. Fuimos a vivir a un apartamento en la Playa Blanca, en una zona tranquila en la que hacíamos lo que nos apetecía. Íbamos un día a un pueblo y otro, a otro. El Charco Verde me impresionó, la Montaña de Fuego lo mismo, los pueblitos pequeños, pero antiguos, me encantaron.

Me llamaron la atención las carreteras tan largas con tan pocas curvas, pero lo que no me gustó fue el viento y la tierra que se levantaba.

Todas las mañanas recogíamos paladas de tierra de la terraza o puede que fuésemos en época de viento, pero eso sí, volvería otra vez a visitarla. Es una isla preciosa que tiene una naturaleza brutal.

Dolores González de La Rosa

VIVENCIAS EN LA LAGUNA

Cuando en algún momento he retrocedido en el tiempo, no he podido evitar cierto aire de nostalgia al despertar mis sentimientos recordando mi época de estudiante en La Laguna.

Viene a mi memoria aquella jovencita de diecisiete años con una maleta llena de sueños, acompañada de sus padres en el muelle de Santa Cruz de La Palma. En el momento de subir al barco, nos abrazamos. A mi padre le brillaban los ojos y mi madre se secaba las lágrimas. A la izquierda de ellos, alejado, estaba mi primera ilusión con su mano en alto enviándome un adiós. Mi corazón latía atónito y disperso.

El barco en el que embarcaba era El Correillo «La Palma», que comunicaba las islas con periodicidad, transportando un máximo de doscientos pasajeros en primera, segunda y tercera clase, también transportaba mercancía y correspondencia. Tenía el puente abierto, la chimenea era de color mostaza y el casco pintado de negro. Mi padre decía que estaba hecho con los mejores avances del momento, que se fabricó el mismo año que el Titanic en el Reino Unido y que su diseño era similar a este, salvando las dimensiones.

Al llegar al puerto de Santa Cruz de Tenerife, mi amiga María Nieves y yo cogimos un taxi para que nos llevara al lugar que sería nuestra residencia en La Laguna, en la calle Marqués de Celada, cerca de la Iglesia de La Concepción. Una casa de dos plantas con un gran patio trasero donde había un jardín con camelias y un pozo. Cuando llegaba la época de verano, era el lugar donde nos poníamos a coger sol.

Éramos alrededor de veinte estudiantes, casi todas de la isla de La Palma, ya que los dueños eran de allí.

Por aquella época en esa calle había dos residencias, la de doña Mela, que era donde yo me hospedaba, y un poco más arriba la de doña Rosario, una casa de dos plantas que alojaba un número de estudiantes similar al anterior donde también la dueña era palmera.

Fui muy feliz allí, doña Mela se preocupaba mucho por nosotras, las comidas eran buenas y los postres de los domingos eran especiales. Teníamos que recogernos a las nueve de la noche, si por alguna causa llegábamos un poco más tarde, teníamos que avisarla.

Algunos fines de semana se celebraban fiestas en los colegios mayores de San Agustín y San Fernando, a los que acudíamos con frecuencia. También íbamos a los bailes que se celebraban en el Teatro Leal, en el Orfeón La Paz, y en el club «A-Gogo» en la avenida de la Trinidad. Teníamos que pedir permiso para regresar más tarde y nos dejaban estar hasta las diez de la noche.

Desde que descubrí La Laguna me fascinó. Era la capital intelectual de Canarias, albergando la Universidad. Su casco histórico, una preciosidad, las calles alineadas, la categoría de sus palacios, las plazas, museos, la cantidad de iglesias y monasterios debido a su extensa tradición católica.

Siempre me llamó la atención el convento de Santa Catalina de Siena. Me quedaba mirando aquel edificio y la fachada con los dos miradores de madera con celosías desde donde las monjas de clausura podían ver el exterior sin ser vistas. La iglesia con su techo de madera artesonado y su altar de plata. Me gustaba ir a misa allí. Cuando entraba, me llamaba la atención ver a las monjas de clausura separadas de los feligreses por medio de unas rejas. No comprendía, cómo era posible tomar los hábitos para dedicarse a una vida monástica, enclaustrada, renunciando a la maternidad, empleos, carreras, fiestas...

Recuerdo con mucho cariño la fuga de San Diego, el trece de noviembre. Íbamos el día anterior a la Ermita de San Diego del Monte a contar los botones de la estatua de mármol del fundador del convento, Juan de Ayala. Decían que ese rito daba suerte en los exámenes. Al día siguiente, nos íbamos al monte y por la tarde, recorríamos los bares de La Laguna cantando con las guitarras. Entrábamos en Artillería, El Brasilia, Maquila, La Oficina... Eran los bares que más visitábamos para luego terminar cenando chocolate con churros en «El Buen Paladar».

El único medio de transporte rápido para cruzar la ciudad de La Laguna era la guagua, llamada «La Cirila». Se convirtió en un elemento propio de las calles laguneras, sin duda, cubría

una necesidad real para la población. Dos de ellas realizaban los trayectos de ida y vuelta desde San Benito hasta el Barrio Nuevo y las otras dos cubrían los trayectos desde este último punto hasta el Rancho Grande. Era muy barata y hacía el recorrido de ida y vuelta por el mismo precio. Cuando estábamos cansadas de estudiar, nos subíamos en ella para despejarnos un poco, algunas veces no nos bajábamos y volvíamos a recorrer las calles por el mismo dinero.

Los cines que había en La Laguna en aquella época eran el cine Dácil, ubicado en Barrio Nuevo, el Victoria, en Heraclio Sánchez, y el Coliseo, en La Concepción. El dueño de este último era el yerno de doña Mela, que nos regalaba las entradas cuando queríamos ver alguna película.

No puedo dejar de nombrar a mi Cristo de La Laguna, los sábados solíamos ir a misa allí. En épocas de exámenes me encomendaba a él. Era mi confesor particular. Le contaba mis cosas y le pedía consejo. No sé lo que me pasó en La Laguna, allí se acrecentó mi fe religiosa y me encontraba bien conmigo misma.

La movida de aquella época se encontraba desde La Catedral hasta La Concepción. A mis amigas y a mí nos gustaba ver el ambiente que había en la calle, así que paseábamos por ella y solíamos tomarnos un refresco en el bar Carrera, conocido en aquella época por reunir a los jóvenes más guapos de la ciudad.

Con el paso de los años, me vine a dar cuenta de la importancia que tendría para mí aquella etapa de mi vida en esa

maravillosa ciudad. Sus rincones y mis vivencias quedarían para siempre impresas en mi corazón.

Eulalia Teresa Rodríguez Rodríguez

A MI PADRE

Mi padre fue de un amor difícil de olvidar, amaba a su esposa, a sus hijos, a sus padres, a sus hermanos y al resto de su numerosa familia. En Valsequillo, donde nació, se dedicaba a cantar «Aires de Lima» en los días de Navidad. Se reunía con varios amigos e iban, de casa en casa y de pueblo en pueblo, cantando. En ese tiempo, no existían las carreteras, pero él se desplazaba lejos para aprender. Más tarde, recibía la visita de las personas más cercanas para que les ayudase con los documentos cuando compraban algo. Él los redactaba y el notario los firmaba dando fe de que eran ciertos.

Hace tiempo que no está entre nosotros, pero... Mi padre será un amor difícil de olvidar.

Francisco Muñoz Martel

L'ESPERIENZA

Esperienze e fatti hanno contribuito a cambiare la mia vita. Un susseguirsi di situazioni nelle quali ho dovuto decidere cosa fare, come fare, dove fare.

La casa è vuota: non di mobili e arredi, sono rimasta sola a viverci, Rossana è a Genova/Nervi con il suo compagno Diego dove gestiscono una libreria, Emiliano vive con il padre.

Ho bisogno di trovare qualcosa che mi riempia la vita, che mi dia interesse.

Ed ecco la idea: iscrivermi al Liceo Artistico — corso presera-
le dalle ore 18 alle 23 dal lunedì al venerdì— per un totale di 4 anni.

Il 1* Liceo Artístico di Torino è collegato all'Accademia delle Belle Arti, nel centro della città, antico edificio ed in parte rimodernato con molte carenze. Nell'Accademia sono passati molti nomi famosi di pittori, scultori, vari artisti di talento che hanno lasciato l'impronta, anche in giro per il mondo, di quanto hanno prodotto con il loro lavoro e genio.

La mia amica Adele, insegnante di biologia proprio lì, mi aveva parlato con entusiasmo del suo lavoro al Liceo, dicendomi che avevo la possibilità di frequentare il corso preeserale.

Il Liceo Artistico era visto, da alcuni come un luogo di gente strana che non faceva il percorso di studi «serio importante»: legge, medicina, lettere, matematica, medicina. Pertanto inutile.

Ho conosciuto varie persone i cui genitori hanno negato la possibilità di studiare e frequentare il Liceo Artistico.

1988/1989 primo anno di iscrizione con tanto di tesserino e fotografia, numero di matricola e sezione A.

Le materie dominanti sono disegno, pittura, ornato, scultura, storia dell'Arte senza lasciare matematica, lettere, biologia, storia collegata con la storia dell'arte, architettura.

Arriva il giorno di presentazione dell'anno accademico, ci si ritrova riuniti con tutto il corpo insegnante, alunni e direttore con vice direttore nell'Aula Magna. Che emozione, il ricordo di tanti volti, senza distinguerne le fattezze, mi sentivo timida nell'affrontare questa nuova esperienza (che avevo deciso di intraprendere). Felice e curiosa perché sempre avevo desiderato di proseguire gli studi (senza avere la possibilità di farlo mio padre era un operaio specializzato, sì, ma operaio.

Ora con 46 anni di età mi accingevo a frequentare il Liceo Artistico. EVVIVA EVVIVA!!!!

I compagni di scuola soprattutto maschi dai 18 ai 40; in minor numero le femmine: Maria Pia che aveva la mia età che si era iscritta con Camilla più giovane di alcuni anni.

L'impatto era di sorpresa per i ragazzi che mi chiamavano signora e non Graziella.

In un paio di settimane l'atmosfera cambia, diventa di scuola, di compagni di scuola con differenti età.

Uscire dal lavoro e recarsi a scuola, dove mi incontravo con i compagni in un ambiente dove imparavo quello che mi piaceva conoscere.

Il primo tema di italiano fu un successo; il meglio della classe era intitolato «una sera a cena». La matematica seguiva ad essere, per me, una materia che mi affascinava ma che non riuscivo a comprendere, difficile, come un blocco che mi paralizzava. Una gentile compagna mi aiutava, lei era brava.

Cavalletti, grandi spazi bianche, colori, studio del disegno, con la modella, sculture pennelli che si riempiono di colore e lasciano tracce, forme sul foglio. Un foglio..... tanti fogli belli, amati, rifatti; utilizzando le mani per creare e fare quello che vedi, che senti e che il cervello ti dice.

Mai potrò dimenticare questi 4 anni. Dopo la maturità avrei potuto seguire frequentando l'Accademia altri anni di studio.

C'era un ostacolo «il lavoro» che mi consentiva di essere indipendente e di vivere.

L'Accademia aveva solo frequenza diurna.

Così termina la mia vita artistica.

ORA anche non ho questo impegno mi posso dedicare alla
MUSICA

il coro

il ballo

Graziella Barbero

TRES HIPÓTESIS

PRIMERA HIPÓTESIS: LA NIÑA ESTÁ ASUSTADA

Mi padre no bajó la voz, como si yo no estuviera presente, le espetó a mi madre que ya no era la misma. Le preguntó si no se había dado cuenta de mi mudez, que andaba siempre sola y como en otro mundo.

Mi madre dejó de fregar y cerró el grifo, se secó las manos en el delantal y le contestó. Ella sabía que esto venía desde que casi me ahogo en el muelle de La Rajita, cuando volvíamos de la boda de mi tía Julia. Fue un despiste que casi me cuesta la vida. Todos despidiéndose, comentando el bodorrio y nadie vigilando a los niños que, sentados el borde del muelle, miraban los pejes verdes. Desde entonces casi no hablaba.

Lo mejor será, convinieron los dos, llevarla a casa de Indalecio el Gago, para que la santigüe y le rece del susto.

SEGUNDA HIPÓTESIS: LA NIÑA ES TONTA

Yo soy la tercera de ocho hermanos y la infancia la pasé siendo la tercera, invisible y sola entre mis dos hermanos mayores, Miguel y Nuria, que apenas se llevaban catorce meses. Ellos sí que formaban un verdadero equipo, eran como gemelos, cómplices, aliados, uña y carne, inseparables.

Fueron el terror de la vecindad, acumularon un listado enorme de tropelías que terminaban siempre en la paliza que les daba mi madre cuando llegaban las quejas. Un día se colaron en la azotea de Manuel Aguilar y le soltaron sus preciadas palomas mensajeras. Otro día troncharon todas las flores de la pobre Lucía la Patuda, dedicada en cuerpo y alma a sus begonias y sus helechos. Tomás Ratón no dejaba de presumir de sus seis gallinas de Guinea, tan exóticas y nunca vistas, hasta que una tarde mis hermanos saltaron al patio y las echaron a la calle. Dijeron verlas por Chejelipes, otros dieron noticia de ellas corriendo despavoridas por la Lomada, para luego no saberse más de las gallinas de Guinea. También le envenenaron el perro a Matías el Cojo y casi nos queman la casa dos veces.

Parecían no dolerles los golpes, no había castigo eficaz y cada día salían de casa dispuestos a ser los dos seres más odiados de San Sebastián. Sus mentes no paraban de idear nuevas maldades, planificando cada detalle como expertos estrategias militares, entretenidos hasta en los más ínfimos detalles.

Yo estaba escuchándolos muy atenta, estaban planificando un nuevo golpe. Esta vez le tocaría a la Fidela. La pobre mujer se quedó viuda y sin hijos y casi no salía a la calle, mis hermanos la bautizaron como Fidela la bruja. Esta vez sería sencillo, solo había que cagarse en el felpudo de la puerta. Mi hermano Miguel miró a Nuria y le pregunto:

—¿La llevamos?

Y ella le respondió:

—¡Cómo la vamos a llevar, no ves que es tonta!

TERCERA HIPÓTESIS: LA NIÑA ES SORDA

Estábamos en La Laguna, en casa de mi tía Luisa, recién llegados de La Gomera, comíamos papas con almogrote y pescado frito. Yo estaba sentada en la mesa, pero era invisible otra vez. Fue entonces cuando dijo mi tía que mis dos hermanos mayores eran un castigo que Dios le había mandado a mi madre, para compensar Dios le mandó también una criatura que «ni tujía ni mugía».

Estaba convencida de mi irremediable sordera, seguramente desde el nacimiento, pero que mi madre con esos dos demonios ni había caído en cuenta.

Mi tía Luisa confundió siempre la sinceridad con la humillación nada sutil de todo lo que se le ponía a tiro: su boca, el

arma; las palabras, las balas y en un santiamén te mandaba al paredón, siempre en nombre de la verdad, de su verdad, el ejército del que ella era fiel soldado.

CONCLUSIÓN

Fueron unos años maravillosos, nunca he sido tan feliz. No tenía problemas de oído, ni me seducía el terrorismo de proximidad. La experiencia de caerme al mar la atesoro como el recuerdo más hermoso de esos años. No estaba ausente, era simplemente la reina de mi mundo y no necesitaba nada ni a nadie.

Inés Domínguez Correa

HOMENAJE. EL LOBO

No es fácil elegir un objeto importante, porque, echando un vistazo imaginario a los espacios de mi casa, hay tantos, que me cuesta elegir entre mi caja repleta de marcadores de libros, la cestita de piedras con formas enigmáticas, la vieja caja de bombones con multitud de recortables realizados por mis hijas, el anillo de mi madre que llevo puesto en situaciones especiales, la pared de las fotos familiares... En fin, tengo mi casa repleta de objetos «especiales». Sin embargo, podría contar la historia de cada uno de ellos.

He elegido un lugar muy especial y se encuentra cerca de mi casa. Es una piedra enorme en una playa de callaos, «El Lobo». Mi padre iba allí a pescar. Lo encontramos al lado de la playa del Arenal, bajando por un camino de tierra y piedras, justo detrás del Hotel Neptuno, hoy, una triste ruina.

Allí se mecen las cenizas de mi padre. Seis años más tarde, lo acompañó mi madre. Todos los agostos, vamos, mi hermano, sus nietos y yo, a homenajearlos. Nuestras parejas y, cómo no, nuestros perros. Y hablamos, recitamos poesías, a veces, se las entregamos escritas. Y nos sentamos un buen rato sobre callaos y algas a recordar. Reímos, abrimos una

botella de champán y brindamos por su memoria. Y por la nuestra. Les entregamos las rosas rojas, que se mecen en el mar, hasta que ellos las recogen. Subimos despacio. Vemos las rosas flotar un buen rato. Elegimos un lugar y nos vamos a cenar juntos. Son innumerables las anécdotas que hemos reunido a lo largo del tiempo.

Este último año, 2020, debido a esta pandemia que nos azota, y al mal estado de nuestro camino, esperamos la noche, que es un momento más discreto. La ceremonia la trasladamos a la playa de callaos del Roquete, en La Punta del Hidalgo. Allí, nos encontramos. Repetimos nuestro rito. Esta vez, no hubo cena. Respetamos las normas sanitarias. La paz de la noche, las estrellas, el olor a mar, el rumor de las olas... Es casi mágico.

Desde los ventanales del salón de mi casa, veo ese trocito de mar. Los siento muy cerca.

María Nieves Reyes Núñez

UNA CIUDAD ENTRE DOS MUNDOS

La Laguna, al aire.
Con la paz en la cintura,
centro de gravedad del aire,
un viento frío te levanta y te inunda.
Saltan nubes por los charcos
de la calle La Carrera.
Al aire, La Laguna.

Aquí, en el Cabrera Pinto, estudió el bachillerato mi compañero de vida. Aquí, se fundó la primera Universidad de Canarias. Hasta aquí me ha traído mi peregrinar vital desde Vegueta.

La más bella, la que guarda el pasado que la vio nacer mientras se abre a los cielos con el Instituto de Astrofísica, no en vano es la primera Universidad española en Ciencias del Espacio.

En el interior de la isla, hubo antaño una laguna a la que los guanches llevaban sus rebaños a abrevar. Cuentan que todos los aborígenes peregrinaban a ese lugar paradisíaco, al valle de Agüere y a su laguna. La Laguna se secó. Cuando

los castellanos construyeron la primera ciudad colonial sin murallas, junto a la laguna desecada, la bautizaron con el nombre de San Cristóbal de La Laguna.

Tú naciste abierta,
tú, sin miedo concebida.
No hay murallas taladradas
en la tierra donde habito.
Hay tejados con verodes,
mujeres viejas pariendo
ilusiones.

La ciudad de La Laguna conserva imponentes edificios que se yerguen entre sus calles amables: conventos, casonas, templos... Son historia viva de un pasado en que la Iglesia evangelizadora, junto con la nobleza administradora y los comerciantes, levantaron sus edificios más emblemáticos.

Donde los conventos dominan
piedra gris, madera y agua.
Por la espalda de tu nombre,
riego al monte tu semilla.

¿Cómo no enamorarse de la Florencia de Canarias al entrar en la casa Lercaro, palacete de comerciantes genoveses, y recorrer sus galerías de techos artesonados?

¿Cómo no soñar delante del Palacio de Nava y Grimón con las tertulias que entre sus muros se hicieron? ¿De qué hablaron

aquellos primeros ilustrados de la isla? ¿Qué leyendas contadas fueron crónicas reales?

Con los ojos enterrados
de una niña enamorada,
hizo la marquesa un rosario.
Y el olvido, un pozo inundado.

Es La Laguna una ciudad hecha para la libertad, para caminarla, para sentarse en sus terrazas en las mañanas soleadas a ver a la gente pasar, para entrar a sus casonas blasonadas y admirar sus patios, para comprar libros en sus librerías de toda la vida, para crecer sin miedo cuando se acaba una etapa.

Cuando la neblina alcanza
escalinata de plata,
y ni subes ni te amarras
a la húmeda mañana,
prende al cuello tu pañuelo
por la calle de Viana.

Lo posible y lo imposible
solo aquí, se hace visible.

María Soledad González Ramón

A JAIME Y SU AMADA LOLA

Nacido para la gloria.
De humilde cuna y hermosa mujer.
Pronto aprendió la dureza de la vida,
tomando conciencia de sentir el sentimiento
y vivir en sus carnes el ser niño trabajador.

Jaime, lloró de rabia en los rincones amados
de su tierra del norte.
Se prometió luchar contra el dolor y el sufrimiento
de lo injusto de lo contra fraterno
y se comprometió a denunciar a los cuatros vientos
que podemos ser iguales
y que la igualdad entre los humanos es un derecho
que emana por ser hijos todos del universo,
hijos del Gran Creador que nos regala el aliento.

Jaime soñó con un mundo hermoso
donde el amor fuera su reino
y se reflejó en el alma noble de una bella dama,
una mujer hermosa de ojos profundos
que solo con su presencia emanaba
el amor del cosmos presente en su rostro.

Lola lo amó, entregó su alma por ese amor
ofreciendo seis hijos y su eterna sonrisa de vida
y todo su universo de luz y energía
al mundo que Jaime soñó
y que, con otros muchos, parte de ese camino nos construyó.
Jaime soñó y se vio viejo, cansado, enfermo
pero sintiendo en cada aliento de su vida
el amor del Padre, la entrega del Hijo, la sonrisa de Lola
y el respeto de su familia y de sus amigos.
Solo nació, desnudo vino
pero desnudo no se va, no con las manos vacías.
Hoy, Solo no está construyendo su sueño,
miles de manos, miles de cuerpos
construyen con él el mundo soñado
un mundo mucho más perfecto
que se proyecta en sus hijos,
y que lo viven,
en el día a día,
sus propios nietos.

Jaime luchó en épocas duras por la paz y la igualdad,
por la justicia social y la libertad.

Líder fue sin pretenderlo.
De otros se convirtió, sin buscarlo ni quererlo, en referencia
ahí está su gloria, ahí se encuentra su grandeza.
Líder en el silencio, líder en sus acciones, líder en el verbo,
de una Hermandad Obrera que hizo bandera de libertad
en cada uno de sus gestos.

Jaime otorga, Jaime habla, Jaime ama
y Lola calla y se esfuerza en ser la compañera amada
la siempre y eterna amada compañera del alma,
experimentando en su interior las contradicciones de sus sueños,
el sufrimiento de sus deseos y el dolor de la Ausencia.
Jaime ahora observa, siente, y espera
Aprendiendo aún en su vida que el amor no es un sueño,
que el Amor mismo es su esencia
que tiene que vivir en cada una de sus acciones,
en cada uno de sus pensamientos
y experimentar, en cada una de sus células,
que la VIDA, que su vida, forma parte de un proyecto hermoso
que tiene nombre propio
y que él con su existencia,
aun no comprendiéndolo del todo,
sentido le diera.

Gracias Jaime, por ser luz en el camino de nuestras vidas
y ser una humilde y hermosa referencia.
Aún sin pretenderlo y en eso reside tu grandeza.
Gracias, gracias, gracias, amado amigo, compañero de viaje,
amado padre y abuelo de referencia de nietos amorosos
y de una esposa fiel y eterna que sonriente siempre espera.
Gracias Jaime, gracias.

Lange Aguiar (Miguel Ángel Díaz Hernández)

YO DE MAYOR QUIERO SER *HIPPIE*

En mi caminar haciéndome mayor, tuve muchas aficiones: coleccionar cactus, llegué a tener más de setenta; hacer libretas con recortes de revistas; la vida de los *hippies*; noticias sobre Luther King, al que admiré siempre; o la guerra de Vietnam. En mi cuarto, por fin sola, puse un gran poster donde un soldado americano caía al suelo y en grande ponía «*Why?*».

Los recortes preferidos eran de *hippies*, festivales de música, gentes en sacos de dormir, pulseras y collares...

Me pasaba buenos ratos recortando noticias de estas y pegándolas en su respectivo cuaderno.

El cuaderno que más me gustaba era el de los *hippies*, me aprendí de memoria la canción de «*wight is wight, Dylan is Dylan*» que se cantaba en un macrofestival en esa isla de Inglaterra y conseguí muchos recortes en las revistas semanales de la época. Chicas en sacos de dormir, melenudos guapísimos, grupos mixtos musicales que admiraba... En cada imagen encontraba un paraíso de vida y felicidad y, al final, no sabía distinguir si eran felices ellos o yo. Los recortaba, los

pegaba y remiraba, cuanto más los miraba, más me identificaba, más me gustaban y me atraía esa vida.

Y un día decidí, «yo de mayor quiero ser *hippie*». ¿Alguna vez lo manifesté a los mayores y me llovieron chaparrones de «tú no sabes nada de la vida, de qué vas a vivir?». No entendieron nada.

Pero le saqué partido a esa información y aproveché todo ese material para preparar un trabajo del colegio que se llamó «*Hippies, realidad o utopía*», al cual la monja de filosofía me dijo que había muchas cosas que aclarar... Yo pensaba que era por las drogas que se manejaban y nunca pensé que el sexo libre le preocupara, muy ingenua yo entonces.

Y sin darme cuenta, se había alzado en mi un movimiento de rebeldía silenciosa, donde ser *hippie* significaba no aceptar la realidad que yo vivía y se inició en mi interior una fuga sutil de la vida diaria, los *hippies* no aceptan normas, duermen al aire libre y con quien quieran, viajan... Esa quería ser yo.

Se me fue colando la *hipiada* espiritualmente y me lo creí sin que nadie se diera cuenta. Entonces apareció en mi vida una pulserita de cuero trenzado anudada en la muñeca, símbolo de quien era del gremio. Me la puse, una maravilla que me trasladó al mundo de las flores y colores, y que ya no me abandona. Más tarde aparecieron pulseritas hechas con hilos de colores que llevaban tanto chicos como chicas en mi cuaderno. Esas pulseritas se hicieron fetiche de lo que yo quería ser y de mi mundo interior, se convirtieron en «yo ya sé lo que

quiero» y desde entonces llevo una, que me acompaña y me recuerda siempre que «yo de mayor quiero ser *hippie*».

Charo Guimerá Ravina

TERCERA CONVOCATORIA

LA UNIVERSIDAD DE MI VIDA

Tal era la fascinación de aquella chiquilla, de siete años, por aquel Colegio Mayor, que un día se escapó de su escuela, a la hora del comedor. Cuando María vio aparecer a su hija, jadeante, con su chaquetita roja, heredada de su hermana mayor y su falda a cuadros, el rostro se le nubló. Quedó claro que, de ahora en adelante, tendrían que ir juntas a comer a casa. Ya bastante flaca era como para que encima le diera por no comer.

La mamá trabajaba en el Colegio Mayor San Agustín, ocupándose de la limpieza de una de las alargadas plantas del edificio donde se encontraban las habitaciones de los estudiantes. La niña la acompañaba cuando no tenía clase. Mientras se alisaban las camas y se pasaba un paño a las pequeñas duchas, ella se sentaba ante las deslucidas mesas de estudio, parte del escaso mobiliario que había en aquellas habitaciones. Encima de las mesas, los grandes cuadernos usados, estaban llenos de anotaciones, de fórmulas, de garabatos, y ejercían en ella una atracción irresistible. Era la primera vez que los veía, ya que en la escuela usaban unas libretitas pequeñas, sin resorte, cuyas hojas se rompían al borrar los tachones con la goma del lápiz.

Ella quería formar parte de aquel mundo. Su intuición le decía que esos garabatos que los estudiantes escribían en aquellos cuadernos contenían un significado especial y ella quería aprender a descifrarlos.

Realizó la primera etapa de sus estudios en la época del «Cara al sol», en La Aneja. Los niños separados de las niñas, tampoco los echaban de menos, ocupadas en correr, gritar y subirse encima de las mesas cuando la maestra no las veía.

La escuela era llamada entonces Colegio Nacional de Prácticas, porque las señoritas, futuras maestras, realizaban sus exámenes finales en ella. Se colocaban en fila, en los extremos del aula y les decían a las niñas que atendieran a sus explicaciones. De esa manera lograban que las chiquillas no movieran ni una pestaña y permanecieran estáticas en sus sillas, para que los examinadores se portaran bien con las aspirantes, no vaya a ser que suspendieran por su culpa.

En la escuela había un pequeño teatro y la directora, una maña emigrada a Argentina, ese año decidió enseñarles Danzas del Mundo. A su clase le tocó bailar el carnavalito y la cueca chilena, vestidas con faldas largas y unos enormes chales bordados cuya seda hacía tiempo que había perdido su brillo.

El día de la representación, el corazón se le salía por la boca al sentir los ojos de familiares y maestras clavados en ella.

Muchos años más tarde, se subía al mismo escenario de aquel teatrillo de la vieja escuela con la misma inquietud de cuando era pequeña, pero esta vez no era para bailar Danzas del

Mundo, sino para formar parte del equipo directivo de la Facultad, que presidía la Junta, cuyo pleno era tan numeroso que solo se podía reunir en aquel recinto.

En ese momento se dio cuenta. El augurio se había manifestado. Ella ya era parte de aquel pequeño universo que tanto llamó su atención de pequeña.

El bullicio de los universitarios por aulas, pasillos y cafetería del edificio insignia de la Universidad a ella le daba vida. Era su segunda casa.

Eran los mismos pasillos que lucían fantasmagóricos durante la pandemia. La algarabía del alumnado, de repente, se había esfumado y solo se escuchaba el triste sonido de los propios pasos.

Poco después, un mes de septiembre, llegó la jubilación. Un nuevo curso académico comenzaba, sin ella. No hubo ceremonia de apertura de curso. Un volcán había estallado con rabia, arrasando todo a su paso con su vómito de fuego, dejando atrás solo las reminiscencias del pasado, como mi vida en la Universidad.

Ángeles Arvelo Fernández

LA LAGUNA, MIS PRIMERAS VECES

Mi primera revolución, el inicio de la independencia y la libertad, mi primer beso, mi primer amor, mi primer cigarrillo y mi primera excusión.

Siempre hay un lugar para empezar, para iniciarse; un lugar significativo en la vida, un lugar cargado de momentos, de emociones, de sentimientos, de ilusiones y de desdichas. Ese lugar es, para mí, La Laguna. En ella descubrí la libertad de movimientos, la de expresión, la de emocionarme y la de gozar.

El lugar de la primera revolución ideológica, la expresión de la rebeldía de la adolescencia recién estrenada en busca de identidad y comprensión. El descubrimiento de la amistad incondicional del siempre juntas, del «dónde tú vayas yo voy». La vivencia iniciática del amor, el primer beso, el primer roce, el descubrimiento del sexo contrario, del «sin ti no soy nada», del «amar significa no decir nunca lo siento» de *Love Story*.

Romper el muro de Pink Floyd, las barreras patriarcales y gubernamentales a la vez que montabas en bici dándote el aire en la cara, sintiéndote en libertad.

Con la madurez ese lugar se torna en el asentamiento inicial, el asilo buscado, la estabilidad lograda, el objetivo conseguido y la herencia dada. Se pasa del «vivir» al «vivir con», de los sueños a las realidades, del comprometerse con una misma o con el otro en el lugar anhelado.

Pasan en ella los tiempos de cantar a Pablo Milanés o Silvio Rodríguez como si no hubiera un mañana, el recordar a Compay Segundo, con su *Guantanamera* o *El Cuarto de Tula*, entre vinos y cervezas en los bares donde los compañeros pasan de ser conocidos de pasillos a ser amigos de parrandas laguneras los viernes después del trabajo.

Lugar de añoranzas, de goce, de estabilidad, del deber cumplido y de la casa soñada, del caminito largo, de perras de vino, del cortado en cada esquina y del frío por compañero haciendo que las tardes de habitación compartida fueran más hogareñas.

Concepción Borja Miranda

ARRIBANDO AL LADO OSCURO

Nacer en una ciudad no te hace de ella. En mis primeros años siempre experimenté La Laguna como una ciudad de paso, un descanso estival que realizábamos periódicamente para visitar a la familia de mi madre, quizás por eso, como sucedió conmigo, solía coincidir con la incorporación de algún nuevo miembro. Pasar de respirar la humedad tropical de la Guinea a la calima veraniega de La Laguna no supone mayor problema siempre y cuando el contexto te brinde suficientes estímulos. Ese era el caso del hogar de mi abuela, una vieja casa terrera cercana al camino largo, equipada con todos los recursos que un niño pequeño podía demandar: una huerta de frutales y hortalizas, un gallinero y las atenciones familiares extraordinarias de los reencuentros puntuales.

Nunca imaginé hasta qué punto pueden los cambios de estación transformar el paisaje de la ciudad y a sus habitantes. El regreso forzoso a La Laguna tras la independencia de La Guinea nos enfrentó con una realidad desconocida, la del invierno. El ambiente gris frío y húmedo impregnaba no solo las calles, también las almas de sus moradores, prohibido salir jugar y sonreír, rezaban las normas implícitas. La ciudad que conocía, de repente, había mutado del campamento de

verano al reino de los talibanes. Mis padres, ateos convencidos, nos habían mantenido al margen de supersticiones y, salvo algunos compromisos sociales como los bautizos, bodas y comuniones, procurábamos esquivar a la iglesia. La educación confesional era la excepción ineludible, habida cuenta de que tanto en Guinea como en Canarias la educación pública se había convertido en un gueto reservado para las familias sin recursos ni expectativas.

En Guinea habíamos comenzado los estudios en el colegio de La Salle y con la idea de facilitar la transición mis padres optaron por hacer el traslado de matrícula a la Salle de La Laguna. En realidad, salvo por el nombre cualquier parecido entre los colegios era una mera coincidencia. No solo cambió el color de la piel de nuestros compañeros de clase, también cambió el significado de la palabra «educación». El modelo educativo del grupo de profesores fundamentalistas que ejercían en La Laguna se basaba en la máxima de «la letra con sangre entra». Ellos, día a día, me enseñaron y ratificaron en la idea de que dios no existe ni se le espera. La oscuridad de las aulas, la falta de plantas, los viejos pupitres de madera y el rostro de Mefistófeles requiriéndome la tarea ya eran motivo suficiente para ahuyentar a cualquier ser humano, una impresión anecdótica si no fuera por el desprecio, los abusos y el maltrato infantil. El delito de tener faltas de ortografía se pagaba con un reglazo por cada error, acompañados de las consiguientes descalificaciones y comentarios sarcásticos del profesor, unas palabras que acogían con júbilo los súbditos de la clase.

Volviendo la vista atrás no recuerdo contar ningún instante agradable en esa etapa, solo visillos entreabiertos que me

perseguían a cada paso y personas miedosas y acomplexadas que esquivaban la mirada. Menos mal que el único dios conocido, mi padre, aborrecía tanto como yo la mentalidad pueblerina de meapilas, acudió a nuestro rescate y nos puso a salvo trasladando nuestra residencia al Toscal de Santa Cruz.

Ernesto Mascarell Pérez

GUEREA

«Apenas ha llovido..., y es como seda el agua caída sobre los mudos techos de tejas y verodes de Guerea. Tardará poco el alba en devorar tanta belleza, en hacer desaparecer tu magia impecable, ciudad mística y mítica...»¹.

Siento reflejada en estas palabras una conexión vital con la ciudad de La Laguna. El suelo con calles empedradas, los patios interiores, los tejados asomando verodes, las casas de grandes ventanales... Y es que viviendo en Santa Cruz de niño visitaba la casa de un familiar en Laguna y vivía por unos días en ella. Luego fueron los veranos en la Vega lagunera donde aprendí a montar en bici y a pedalear por esos andurriales y fincas que llevaban al Camino Largo y desde allí al centro de la ciudad haciendo la parada de rigor en la cafetería Venezia y jugar a la maquineta (*flipper*).

Disfrutar La Laguna de ciudad, la de campo y monte, la de

1 Fragmento del poema «Escrito en Guerea» del libro *Vivir sobre la vida. Poesía reunida*. Autor: Arturo Maccanti. Con el nombre de «Guerea» el poeta se refiere a la ciudad de Agüere.

neblina callejera, la de humedad y rocío, la de frío, la de mar de nubes y la de mar en el horizonte.

Más tarde fueron las subidas en guagua con la pandilla y recorrer las calles y caminar bajo la lluvia sintiendo el aire puro de las distintas estaciones con charcos, con hojas, con bruma, con frío; hasta que volvía a brillar La Laguna de la primavera, de las vacaciones, de las bicicletas...

Así llegó, de repente, el tiempo de los primeros besos y caricias en cualquier rincón arbolado.

Así llegaron las inquietudes literarias por leer y compartir lecturas, por escribir y recitar poemas...

También los estudios y la vida universitaria llena de vitalidad, de frustraciones y logros, de emociones, de amistades, de madrugadas, de momentos inolvidables, de toma de decisiones y de futuro.

A golpe de campanadas fueron pasando los años y La Laguna se volvió referente de sentirme a gusto y bien acompañado en un ambiente distinto, en un ambiente íntimo y lleno de experiencias. Cubrió el pasado, el presente y determinó un futuro que son, hoy por hoy, los más de veinte años que llevo compartiendo vida y trabajo junto a mi familia en esta ciudad que sigo valorando, disfrutando y sintiendo mía.

Francisco Toledo Melo

ANÉCDOTAS DE MI FAMILIA

Mi padre aquella mañana se levantó al alba, cuando el día comenzaba a desplegar sus rayos en el horizonte y el cielo daba los buenos días con mucha alegría. Cuando llegó a la cuadra, la vaca de color canelo y manchas blancas se puso de parto. Él y su padre, con mucha paciencia, se apostaron a su lado y con toda la empatía la acariciaban y le hablaban. Florida se encontraba fatigada debido al esfuerzo que hacía para aguantar los dolores de parto. Menos mal que iba todo dentro de los causes propios de la situación. El animalito mugía y ellos la acariciaban para que permaneciera más tranquila. Al fin, el becerro llegó al mundo.

Le pusieron de nombre Negro, estaba fuerte y en cuanto la madre lo alumbró comenzó a intentar levantarse. A pesar de lo fuerte que parecía le costó un tiempo ponerse de pie y miraba a todos lados, descubriendo lo que había a su alrededor. Más tarde, divisó la ubre que le invitaba a comer, se situó debajo y comenzó a lactar.

Él vivía con su familia, que subsistía de la labranza. Era el segundo de siete hermanos, joven y muy tímido, cohibido siempre, por la instrucción férrea que recibió de su madre,

que actuaba como un sargento de caballería. Sin embargo, él estimaba la educación recibida porque está llena de valores muy prácticos para la convivencia.

En su juventud fue muy trabajador; la agricultura le gustó siempre, los animales también, pero después de la guerra tomó la determinación de cambiar de profesión. A partir de entonces, se dedicó a la apertura de galerías y pozos de agua. En aquel momento era el oficio que más dinero dejaba.

Mi padre, como todos los de la época, no podía consentir que sus hijos subsistiesen con las penurias de antaño. Aunque suponía un sacrificio, quería que sus descendientes gozaran de una estancia en el mundo mucho más dulce que la que le había tocado, en suerte, vivir.

Este noble y apacible anciano poseía una mirada limpia, de un color verdoso indefinido, pero con destellos grises, que destacaban, aún más, la simpatía que despertaba en todo aquel que le conocía. Hombre de bien, serio, que solo tenía una palabra por la que se regía. Esta valía igual que un contrato firmado ante notario.

Aunque congeniaba bien con los de su edad tenía algo especial para los más jóvenes, seguramente se debía a la tolerancia y respeto por las ideas de los demás. Quizás sean esas las razones por las que despertaba simpatía, respeto y confianza. De ahí que estuviera siempre rodeado de personas de su edad, pero también de otras, de las que le separaban veinte años o más.

Este abuelote ha tenido un trato exquisito con sus hijos. De hecho, todos los domingos salía de paseo, a visitar a sus amigos o a tomar algo en un bar con su segundo hijo, que venía todos los días a visitar a su padre y a su madre y si no podía acudir, los llamaba por teléfono.

El más pequeño se encargaba, junto con una señora, de cuidar a mi madre que padecía la enfermedad del olvido. Le ayudaba en el aseo diario, comida, visita al médico y otros menesteres.

Yo llevaba la parte económica y me encargaba de otras necesidades que podían surgir como la movilidad a sitios alejados, paseos y conversar con ellos, también intentar hablar con mi madre y hacer algunas actividades para que su mente estuviera activa... En fin, tratábamos de hacerles la vida lo más dulce posible.

Cuando tenía 90 años todavía gozaba de muy buena salud, tanto física como psíquica, y aún continuaba experimentando empatía con los que conocía.

Un año antes se fue de aventuras conmigo y una señora que les asistía a los dos. Decidió volver a su tierra natal, Gran Canaria, pero no se conformó con visitar su pueblo, sino que se anduvo toda la isla y en todos los rincones. Aguantaba hasta doce horas fuera de casa. Descansaba y al otro día se levantaba muy temprano, de nuevo, a enfrentarse con otra nueva aventura.

Él destacaba por su aspecto físico, por su energía y la salud que disfrutaba. Tenía todo su pelo, la barba grisácea y muy

limpia que le llegaba al pecho, lo que le convertía en una especie de Papá Noel para los más pequeños.

Juana Nora Suárez Benítez

MIS DOS MADRES

No sería una hija agradecida, si dejase a mis madres en el olvido. Mis recuerdos siguen vivos, por lo mucho que me aportaron, sin hacer mella, con el paso del tiempo.

Mi madre biológica, la isla del Hierro, me acunó y me dio serenidad con la presencia del mar y la bruma, me arropó con sus cumbres cubiertas de pinos, hayas, brezos y sabinas; me moldeó el carácter libertario, como el mol, tabaibas, calcosas, verodes, sanjoras que brotan libremente en las costas; me alimentó con los cultivos de las medianías, ingredientes necesarios para «el rico potaje», con la exquisita fruta, variadísima, pero que yo hago honor a las moras, higos duraznos y uvas por saborearlas directamente del árbol, con el alimento que proporcionaban los ganados, criados en las zonas de pastos, el pescado no podía faltar, con una pescadería muy original, el pescador y un burro con dos barquetas repletas de lo que el mar le había dado aquel día, en especial viejas y cabrillas, ¡un manjar!

También se preocupó de proporcionarme una buena plaza, donde diariamente compartía los juegos infantiles con los amigos. Teníamos pocos juguetes, pero el que tenía una

bicicleta la prestaba, lo mismo que los libros de lectura, pasaban de una mano a otra... ¡Qué ejemplo de solidaridad! Un cine con una sola función para niños, los domingos, y unas reuniones familiares, de trabajo para los mayores, pero auténticas fiestas para los niños, las vendimias y las muertes de cochino, ¡qué fiestón!

¡Y el gran regalazo! Me obsequió una buena familia, de ellos aprendí, el amor a los demás, el respeto a la pluralidad de pensamiento, ser solidario compartiendo tareas, no solo con los míos sino con amigos y vecinos, «hazme un mandado», (cosa frecuente, era uno de los medios de comunicación, no había teléfono, ni transporte). Y unos maestros ejemplares transmitían su saber con constancia para formarte, su lema era «la educación te hace autónomo y libre de pensamiento». De ellos heredé mi vocación, MAESTRA.

Dejo a mi madre biológica y voy en busca de mi madre adoptiva, La Laguna. La elegí aconsejada por mis padres, «una ciudad universitaria y rica por su patrimonio», me recibió con los brazos abiertos, y me dedicó toda su atención, por lo que seguí ¡creciendo!

Me dotó de una inquietud artística recorriendo sus largas y anchas calles coronadas por una torre o un campanario, contemplando los palacios de rica arquitectura con sus bellos patios cuyo colorido floral parecía la paleta de un pintor, y sus casas blasonadas que daban testimonio de su rango social. Visitando las iglesias, ¡cuánto arte!, tanto en las tallas de las imágenes, como la riqueza de orfebrería. Y en sus tranquilas plazas el descanso merecido, oyendo el silencio.

No me dejó sola, me rodeó de numerosos amigos, personas alegres, cariñosas, con inquietudes musicales, amantes de la lectura, el teatro, el cine... Formamos un gran grupo y nos enriquecíamos con lo que cada uno aportaba. Y lo más sublime, conocí al hombre de mi vida, ¡brotó el amor!

Me abrió las puertas de la Escuela de Magisterio, ¡se hizo realidad mi sueño! Si dejé a mi madre biológica, a la que tanto quise y quiero, fue porque a su vera no me era posible conseguirlo. En ella ejercí todos mis años de docencia, le fui fiel, en compensación al bien recibido.

Su generosidad se desbordó, sirvió de escenario para la mayor odisea de mi vida, MI FAMILIA: laguneros mi marido, mis hijos, mis nietos. Es La Laguna la que los acunó y donde ellos siguen el ciclo de la vida...

Gracias a mis dos madres por el bagaje recibido.

María Isabel Gutiérrez Padrón

ENTRE LA TRADICIÓN Y LA BOHEMIA

La Laguna es horrible, no me gusta nada, vengo a ver a mi madre y me voy cuanto antes a Santa Cruz. Te la regalo.

Me dolió como si hubiera insultado a alguien de mi familia. ¿Cómo se puede ser tan maleducado insultando así a una ciudad? A La Laguna, «toda llena de verodes, cuanto más te miro más me jodes».

Sí, es húmeda, retuerce los zapatos e impregna la ropa hasta que apesta.

Como su nombre indica, es agua, es escurridiza, misteriosa, triste, solitaria, lluviosa, nostálgica... Pero como soy bruja, invocando, invocando, la he convertido en una ciudad alegre, que se camina toda, está llena de gente, de vida, bulliciosa... Mi hermana dice que parece un parque temático, pero a mí me gusta.

La Laguna es tardes en bicicleta para recoger higos picos, burros en las fincas por los caminos, perritos calientes en Casa Peter, bocadillos de papas fritas en el 2 x 1, para seguir después bailando en casa del notario, nos acogían en su

salón domingo sí y otro también, increíble. Allí cogí la primera cargacera de whisky, qué horror...

La Laguna, ciudad universitaria, es un vino con vino en Artillería, rebosante de juventud divina, tardes de guitarra en casa Arcadio, mientras las miradas revoloteaban...

Aprender a conducir en el 600 de mi madre e ir al prado del monte de San Diego 6 personas metidas en el coche con las gafas amarillas y escuchando a Supertramp, flipando...

La Laguna es música en el tocadiscos de casa, Pink Floyd, King Crimson, Genesis, *jazz*, Beatles, Zepellin, *bossa nova*, «Alfonsina y el mar», música sudamericana, clásica... Cambiaba el estilo dependiendo de quien estuviera al mando del equipo. Si estaba el jefe de la casa, escuchábamos flamenco y cantes hondos todo el día hasta que terminábamos todos hartos...

Tardes y noches al lado del fuego con los amigos, conversaciones al calor de la leña, volviéndose más interesantes a medida que avanzaba la hora y aumentaba el calor del ambiente, momentos que no cambiarías por nada.

Salida a bares abiertos y a esos otros oscuros, primeros tanteos con los porros, amistades peligrosas, bordeando el abismo sin caer en él y mucha curiosidad por todo, exposiciones y happenings o no sé cómo se llaman en La Sala Conca, conciertos Zaj de Juan Hidalgo, el piano loco de Carles Santos en el Ateneo, Cristino de Vera ofreciéndome una rosa en casa de mis padres...

La Laguna es una mañana soleada después de la lluvia calentándote la espalda mientras paseas...

Melania Olivera Reverón

MI CAMPO AMARILLO

Escenario privilegiado de nuestra infancia constituyó la finca. Predio de unas 300 hectáreas, heredado de mi abuela Pilar Lanzarot por mi padre y sus cuatro hermanos de doble vínculo. No tuve oportunidad de conocer a la mencionada causante, ya que la misma falleció contando mi padre con solo 9 años. Cuentan que era una señora inteligente y altruista que tenía una marcada afición por las artes escénicas.

El Ejido de Oritranca, que es el nombre de la finca, ha sido desde siempre el destino de todos los períodos vacacionales, tanto míos y de mis hermanos como el de otros primos, tíos y amigos en general.

Las casas estaban construidas alrededor de un patio central. La nuestra se encontraba encajada entre otras dos: la de la tía Conchita, a la izquierda, y la del tío Carlos, a la derecha. Esta poco privilegiada ubicación ha motivado que nunca se haya podido ampliar a medida que aumentaba la familia, resultando, pese a su indiscutible encanto, algo incómoda y estrecha, hasta el punto de haber sido apodada por mí como «la casa faja».

Estos inconvenientes no afectaban en absoluto a los niños, ocupados en muchos otros quehaceres, totalmente ajenos a temas de espacio y demás virtudes del inmueble.

La casa, a mis ojos de niña, reunía con creces todos los requisitos de una entrañable casa de campo. El suelo del piso superior era de tablas de madera, las mismas que habían constituido el suelo de un antiguo gallinero, y tenía la maravillosa «virtud» de dejar un generoso espacio entre una y otra, de manera que no solo se escuchaba arriba lo que abajo se decía, sino que también se veía perfectamente lo que ocurría con solo echarse en el suelo y acercar un poco la cabeza. Es increíble el partido que podía sacar una niña de tamaño vicio de la construcción.

Las bicicletas eran una especie de continuación del cuerpo. Con ellas hacíamos carreras, bicicrós, íbamos al pueblo de al lado, Alcañizo, a la antigua piscina con formato de alberca rodeada de chopos... Resultaba inconcebible un niño sin bicicleta.

Algunas noches, subidos a nuestras inseparables bicis, íbamos a autorrobarnos melones y sandías. El melonar estaba dentro de la finca, de manera que estos pequeños hurtos nunca causaron mayores problemas. Cogíamos los melones y las sandías del mismo melonar y nos los comíamos así, calentorros, cortados a golpetazos contra el suelo y con la sensación de estar haciendo algo no permitido, aquello resultaba un manjar de dioses.

Además de las viviendas, otras muchas edificaciones poblaban el campo. La mayoría eran construcciones destinadas al

ganado de las explotaciones que mi padre dirigía en colaboración con sus hermanos. Había zahurdas para los cerdos, naves con pollitos, grandes y alargadas estructuras para las gallinas. Todo atendido con una diligencia propia de otros tiempos por los granjeros Ramón y Magdalena, con quienes compartíamos quehaceres, tardes estivales, mendrugos de pan candeal con jamón bien curado y tantas otras vivencias que se me antojan tan lejanas como irrepetibles.

Pilar Granada San Miguel

MONTANDO A PELO

—¿A dónde vamos, papá? ¿A dónde vamos, papá? —pregunto durante aquel trayecto en coche, uno de los días de nuestras vacaciones en Tenerife a mediados de los 60. Hemos regresado a la isla para visitar a la familia y hacer turismo por ella. Desde las laderas verdes del norte y atravesando algunos núcleos urbanos, la ruta se va transformando en una carretera cercana a la costa salpicada de feas casas sin encalar.

—¿A dónde vamos, papá?—. No necesito su respuesta, ¡hemos llegado al Oeste! El paisaje es cada vez más árido, más ocre, más caliente y mis muslos se pegan al escay del asiento trasero. Con la nariz pegada al ventanillo, admiro entusiasmada cómo, sobre el terreno gravoso, se alzan las tiendas cónicas de los indios. A decir verdad, solo se trata del armazón, porque las cañas para las tomateras que se apoyan arriba, en el vértice, no están revestidas con las pieles pintadas, como cabe esperar. Tal vez, el ventarrón que hace bambolear al coche en su marcha, se ha llevado las cubiertas de las tiendas apaches o siux o de los navajos, no sé. Es lo más probable, porque grandes aulagas, bien redondas como pelotas, son empujadas y volteadas, caprichosamente, como si recibieran un puntapié invisible, es la patada del aire enfurecido que levanta nubes

de polvo y arena. ¡Pero qué ven mis ojos! ¡No puedo creerlo!, grito. — ¡Un tornado de verdad! ¡Un tornado auténtico! —. No es blanco como el que he visto innumerables veces en el televisor, en aquel anuncio de Ajax, «el detergente que elimina la suciedad como un tornado blanco». Este es gris y color tierra, corre como loco por la superficie pedregosa y casi desértica, tiene poca altura, pero a mí me parece el remolino más maravilloso del mundo mundial.

El viaje por el Lejano Oeste termina cuando nos acercamos a un pequeño núcleo de casas y mi padre nos informa: — Esto es El Médano—. ¡Y yo sin haber podido ver a mi admirado pueblo indio, al de largas trenzas y negras melenas, al eterno perdedor, al que tengo tanta simpatía como la que siento por el coyote, frente al odioso corre caminos «mic» «mic», o por el lindo gatito frente al siempre victorioso canario cabezón!

Ha pasado una década y ya no pregunto: — ¿A dónde vamos papá? —. Papá ha muerto, víctima del asesinato simbólico y necesario para mi paso a la edad adulta. Sigo buscando, tan nómada, como él, al pueblo indio, ya no en sus «tipis», en otros poblados, y doy con él en una ciudad universitaria, en La Laguna. Allí están, con sus tomahawks en alto, simbolizados en hoces y martillos, que a fin de cuentas sirven para lo mismo: cortar, segar y golpear. Me uno a ellos y a ellas para exigir libertad, justicia, igualdad, participación, para derribar al dictador y recuperar la tierra, las praderas sin límites, el horizonte, el país que nos arrebató.

En La Laguna, el pueblo indio y yo hemos ganamos algunas batallas y perdido muchas más, en otras ciudades a las tribus

hermanas les ha sucedido otro tanto, a veces flaquean las voluntades y otras nos agrupamos nuevamente, salvo, afortunadamente, los y las «imprescindibles» que llamaba Bertolt Brecht.

En La Laguna, disfruto y crezco alrededor de la hoguera o de una mesa, la rodeo ejecutando una danza a la luna o al libro. ¡Y mira por dónde! Hoy observo, con la nariz pegada al cristal del televisor, un volcán nuevo que arroja lava y vomita gases solidarios, provocando que las tribus indias se abracen.

Sofía Ariño Pérez

LA CHICA CASI

La niña era casi feliz en su pueblo natal con su madre (su universo) y sus hermanos pequeños en un clima cálido. Su padre, como el guardián, estaba y no estaba, mejor solo no estaba claro, su hermana mayor con los abuelos para que no le faltara de nada y no vivieran violencia doméstica.

Mis juegos con la imaginación y con mi hermana pequeña que hacía de todo lo que yo le decía: hacer de bailarina con una toalla en la cabeza o jugar al ping-pong o subidas en el peral de la abuela para escapar de los leones de la selva o quitando algunos racimos de uvas para aliviar el corte a los vecinos.

La niña creció, iba al instituto y cuando llegaba se ponía a leer y a comer manzanas (su mundo).

De repente, un día su madre se fue, sin avisar, seguramente a un lugar mejor y llegó el frío, la mudanza, La Laguna, la xxx.

El cambio: en lugar de madre, abuela y en lugar del padre, el abuelo. Nunca me adapté a ese cambio.

A los 3 años y pico de la muerte de mi madre encontré el amor y pensaba que ya se acababa la tristeza y el dolor.

Me casé a los 20 años y a los 21 ya había un bebé cuidado por una niña.

Bueno, lo demás lo dejamos para el próximo capítulo.

Teresa Santana Pérez

ÍNDICE

- 9 PRÓLOGO, *Rubens Ascanio Gómez*
13 LAGUNER♥S NOVELER♥S, *Antonia Molinero*
15 LA CARRERA, UN VIAJE AL PASADO,
A. Roberto Álvarez de La Rosa

PRIMERA CONVOCATORIA

- 23 SABIOS PROVECTOS, *A. Roberto Álvarez de La Rosa*
27 TE QUIERO MUCHO, TE QUIERO BIEN...,
Catherine Fernández Maillard
31 TRES AVISOS Y EXPULSIÓN, *Cristina Savoie Álvarez*
37 TINNITUS, *Josefa Alberto Mendoza*
41 LA CONCIENCIA, *Leonardo Siverio Perdomo*
43 LA LAGUNA, *María Albania Pacheco Córdoba*
47 HOGARES FLOTANTES,
María Victoria Hernández Reina
49 DECISIÓN DOLOROSA, *Miguel Alberto Pérez*
55 PIEDRAS, *Pablo Manuel Rodríguez Lorenzo*

SEGUNDA CONVOCATORIA

- 65 EL CARNAVAL, *Calixa Siverio Martín*
- 67 MIS VACACIONES, *Dolores González de La Rosa*
- 69 VIVENCIAS EN LA LAGUNA,
Eulalia Teresa Rodríguez Rodríguez
- 75 A MI PADRE, *Francisco Muñoz Martel*
- 77 L'ESPERIENZA, *Graziella Barbero*
- 81 TRES HIPÓTESIS, *Inés Domínguez Correa*
- 85 HOMENAJE. EL LOBO, *María Nieves Reyes Núñez*
- 87 UNA CIUDAD ENTRE DOS MUNDOS,
María Soledad González Ramón
- 91 A JAIME Y SU AMADA LOLA,
Lange Aguiar (Miguel Ángel Díaz Hernández)
- 95 YO DE MAYOR QUIERO SER HIPPIE,
Charo Guimerá Ravina

TERCERA CONVOCATORIA

- 101 LA UNIVERSIDAD DE MI VIDA,
Ángeles Arvelo Fernández
- 105 LA LAGUNA, MIS PRIMERAS VECES,
Concepción Borja Miranda
- 107 ARRIBANDO AL LADO OSCURO,
Ernesto Mascarell Pérez
- 111 GUEREA, *Francisco Toledo Melo*
- 113 ANÉCDOTAS DE MI FAMILIA,
Juana Nora Suárez Benítez
- 117 MIS DOS MADRES, *María Isabel Gutiérrez Padrón*
- 121 ENTRE LA TRADICIÓN Y LA BOHEMIA,
Melania Olivera Reverón
- 125 MI CAMPO AMARILLO, *Pilar Granada San Miguel*
- 129 MONTANDO A PELO, *Sofía Ariño Pérez*
- 133 LA CHICA CASI, *Teresa Santana Pérez*

Este
libro se
terminó de im-
primir el día 5 de no-
viembre de dos mil veintiu-
no en Tenerife. Compuesto en
tipos Goudy, Lino Letter y
Zapf Dingbats sobre pa-
pel ahuesado de
90 gramos



